

NUEVA ESPAÑA



SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

Contradicciones monárquicas

En el número anterior hemos publicado un trozo del «Bosquejo histórico de la dictadura», por don Gabriel Maura. Lo hemos hecho, no porque estuviésemos conformes con el punto de vista del último duque de la Monarquía española, sino para demostrar cómo hasta los más fervorosos monárquicos dan por deshecha la Constitución del 76, a la que se quiere acoger el Gobierno Berenguer para restablecer una normalidad que no puede ser restablecida. Cuando dice don Gabriel Maura que con la dictadura «dejó de haber en España garantías constitucionales, gobernadores civiles, altos cargos, diputados, senadores, ministros... y Rey», no da a entender sino que la Constitución ha quedado entonces de cuerpo presente. Si los monárquicos—que están convencidos de esto—no quisieran engañar de nuevo al país y quisieran restablecer la autoridad de la Corona, aceptarían, sin vacilar, la tesis de Melquiades Alvarez que pide Cortes constituyentes para dar a España una nueva Constitución. Pero los Alba, los Cambó, los Romanones, los García Prieto saben que una consulta de esa clase sería el punto de partida para llegar a una nueva ética política y ni siquiera se colocan en la postura más elementalmente honesta.

Por supuesto, nosotros no admitimos otras Constituyentes que las de la República. Pero el señor Maura podría ser más consecuente con sus ideas y no escamotearlas en beneficio de la situación dinástica. La dictadura ha sido aceptada por la Corona y la Corona se ha desprendido de la dictadura cuando le pareció ocasión mejor.

La Corona no ha dejado de gobernar, puesto que ha autorizado todos los Decretos de la dictadura. La Corona gobierna igualmente ahora con Berenguer por Decreto, sin garantías constitucionales y sin Constitución. ¿No le parece al señor duque de Maura que la dictadura tiene fisonomía distinta a la que él supone en su libro?

Dejémonos de equívocos. La ilegalidad continúa. Las Cortes que desea el Gobierno Berenguer serán unas Cortes ilegales. Las responsabilidades contraídas por unos y otros tienen que liquidarse de distinta manera. Otra cosa será hacer víctima a la opinión española de una nueva burla.



La última carta de la baraja

AÑO I

NÚM. 18

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

EDITORIALES

UN TRUCO DE LA U. M.

Los cínicos asistentes de la Dictadura, que ahora se asocian bajo el rótulo de la U. M., acuden estos días a un truco tan estólido como todos los suyos: el truco del dinero soviético alentando la agitación revolucionaria. Estos estúpidos hablan, naturalmente, por boca de ganso, y hablando por boca de ganso no puede ser otro periódico el que diga esas cosas que «La Nación».

Si tuviesen idea de lo que es el comunismo, utilizarían argumentos menos tontos. En primer lugar, porque a nadie le impresionan ya esas tonterías del «caos ruso», de «los crímenes del Soviet», del «hambre y de la barbarie eslava», que hacen circular los reaccionarios de todos los países para asustar a los neutros bobalicones e ignorantes. A estas alturas, toda persona medianamente culta está convencida que la revolución es el punto de partida para una nueva cultura y una nueva moral, y que los Soviets están organizando su economía, su industria, su técnica y su arte como todavía no supo hacerlo la Europa imperialista o constitucionalista.

Pero, aparte de esto, hay pocos que ignoren que el comunismo nacionalista de Stalin tiene como programa suspender toda acción revolucionaria en el exterior, mientras no lleva a cabo el «plan quinquenal» que transformará totalmente a Rusia y será uno de los ejemplos históricos más formidables de la organización humana. No sólo España. Ni siquiera Francia o Alemania reciben auxilios para la propaganda comunista. Lo cual no quiere decir que no se haga. La propaganda del comunismo se hace por sí sola fuera de las organizaciones sindicales, por la sencilla razón de que es una ideología como otra cualquiera, con base científica y filosófica, que tiene precisamente esa ventaja sobre la barbarie intelectual de «La Nación» y sus amigos.

Lo significativo, en cuanto al atraso de la política española, es ver cómo en el único sitio donde se considera ilegal ser comunista es en España. Mientras en Alemania y en Francia se sientan en el Parlamento los diputados comunistas y toman parte activamente en la vida pública, en España se fuerza al partido comunista a la clandestinidad y se encierra a sus dirigentes por el procedimiento gubernativo.

Ahora bien: lo que quieren los de la U. M. es desviar la indignación que siente toda España contra ellos mediante el truco de la propaganda comunista. Pero eso no ha de servirles, porque el país no olvida las salva-

NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA
JOAQUIN ARDERIUS
JOSE DIAZ FERNANDEZ

Año I. 18 de octubre de 1930. Núm. 18

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS, 41
M A D R I D

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

S U M A R I O

Portada: Contradicciones monárquicas.— Editoriales: Un truco de la U. M.; La batalla al clericalismo; Sevilla bajo la Dictadura.—El «Grupo Socialista de Izquierda». Economías antieconómicas, por ANDRÉS PELÁEZ CUETO.—Carta de Berlín: La situación del Gobierno, por FERNÁNDEZ ARMESTO.—Los encarcelamientos.—Cataluña: Las huelgas y la reacción, por MOLINS Y FÁBREGA.—Los Comités de alumnos, por MORAGAS CORUJO.—Libros sobre Rusia, por HURTADO DE MENDOZA.—De la Bolsa política, por ANTONIO DE OBREGÓN.—NUEVA ESPAÑA, denunciada y recogida.—Después de la caída de Leguía, por BOLÍVAR ULLOA.—Ni libertad de Prensa, ni de propaganda.—Rifi-Rafe.—Los perseguidos por la Dictadura: Antonio Maria Sbert, por RAMIRO GÓMEZ.—La lucha por fracciones dentro del comunismo, por L. FERSEN.—Noticias literarias.—El nacional-socialismo alemán.—Sobre los derechos del hombre y del ciudadano, por M. GARCÍA PELAYO.—La lucha social en España.—Los libros.—Síntomas, por MARÍA ZAMBRANO.—Comentarios, por LUIS HERNÁNDEZ ALFONSO.—Iniciación, por JULIÁN NAVARRO.—Fotografías. Dibujos de Maside, Félix, etc.

NUEVA ESPAÑA

jadas y desafueros de los años de dictadura y está dispuesto a exterminarlos de la vida pública. Por lo demás, la agitación actual es una agitación republicana, de repulsa al régimen, y no desaparecerá mientras no se establezca la República.

LA BATALLA AL CLERICALISMO

La carta de Pio Baroja protestando contra los estúpidos juicios del obispo de Vitoria acerca de Victor Hugo y de Darwin es tan contundente y definitiva como podía esperarse de ese novelista orgulloso y solitario que, con otros méritos de mayor cuantía, tiene el de aborrecer a la clergía española.

Nada más mazorril que la mentalidad de los católicos españoles, incapaces de comprender las nuevas formas de vida y de cultura. Nada más sectario que el juicio de los que sustituyen la verdad por el fanatismo religioso. Se comprende que las llamadas clases directoras de nuestro infortunado país tengan una sensibilidad que limita así la barbarie. Educados por curas, los aristócratas y los burgueses españoles desconocen los matices de la civilización y se producen con la estupidez que les suministran desde los colegios de frailes esos eclesiásticos cerriles que influyen desde hace siglos la vida española. La vida española, que es una vida miserable en el orden económico, cultural y espiritual, porque nace de un Estado regido por la inspiración de los frailes y los obispos, en contubernio con la plutocracia, la aristocracia y los negociantes.

Véanse los libros que leen estas gentes, los artistas que ellos exaltan, los políticos que los dirigen, el teatro que prefieren. Oír a un gran comerciante español, a un banquero, a un alto funcionario discurrir sobre los asuntos más elementales, es oír con una insistencia irritante los desatinos más innobles y las vulgaridades más bajas. Se trata, sencillamente, de la «chabacanería» que, como dijo el otro día Ortega y Gasset, está en la política, en la Universidad, en el hogar y en la calle.

Por eso la obra necesaria y urgente es arrancar el Poder de esas manos hediondas. Y, luego, hacer una enseñanza en la cual no haya huellas de clericalismo. No sólo es preciso que desaparezcan los colegios confesionales, sino que es necesario que ninguna influencia religiosa se filtre en la educación popular. Digan lo que quieran los reformadores de pacotilla. Lo que hay que hacer es extirpar de la vida española al cura y al fraile, que, con una Monarquía castrense, son los culpables tradicionales de nuestra decadencia.

Nadie quiere afrontar de veras el

problema clerical. Todo el mundo lo elude con una cobardía a que nos tiene acostumbrados la política española. Se habla de limitar las atribuciones del alto clero, de separar la Iglesia del Estado, de defender la enseñanza neutra. Pero ¿qué es eso? Hay que declarar ilegales las Ordenes monásticas, expropiar sus bienes—ilegítimos para los que hacen voto de pobreza—, reducir el número de sacerdotes al exclusivamente indispensable para la función privada del culto.

El problema clerical no ha pasado de moda; ¡qué ha de pasar! Pero la nueva generación no puede plantearse desde un punto de vista liberal, de tolerancia y benevolencia. Hay que atacarlo de frente, eliminando del Estado el poder católico, que es superior a todos los demás. En ese reducto están atrincheradas las derechas y hay que desalojarlas de él a toda costa.

SEVILLA, BAJO LA DICTADURA

Los Ayuntamientos que tuvo Sevilla durante la dictadura son ejemplo vivo de lo que fué la Administración municipal en toda España durante los seis años pringosos. Especialmente el Ayuntamiento que presidió el señor Díaz Molero, resulta típico y revelador. Baste decir que al efectuarse el último arqueo, al cesar en sus funciones la Corporación dictatorial, se vio que no se justificaba la inversión de 1.195.400 pesetas. Pero no es esto sólo. Según los exámenes de cuentas que el señor Crespo viene realizando como delegado del Ministerio de la Gobernación, aparecen en aquéllas infinidad de ilegalidades y desafueros que importan crecidas sumas y envuelven graves responsabilidades para conocidos ex upetistas.

El señor Díaz Molero y sus amigos han cometido todo género de abusos. Desde invertir grandes sumas en la compra de moblajes y efectos, sin subastas ni aprobación previa de gastos por el Municipio, entendiéndose directamente el alcalde con los industriales—sólo en comprar unos muebles para los salones del piso alto del edificio se invirtieron más de cien mil duros—hasta conceder indemnizaciones por expropiación urbana en cantidades muy superiores al tipo de tasa. Pero donde resaltan los cargos de mayor importancia es, sin duda, en las relaciones administrativas entre el Ayuntamiento y la Exposición. Baste saber que cuando el señor Díaz Molero tomó posesión de la Alcaldía, lo primero que hizo fué conceder una partida de tres millones de pesetas con destino a moblaje y decoración del Hotel Alfonso XIII, dinero que el anterior Ayuntamiento se había negado a facilitar. Estos millones se sacaron de las disponibilidades de otros pre-

supuestos, haciéndose efectivos en libramientos firmados por el entonces comisario de la Exposición señor Cruz Conde.

Además de estas irregularidades descubiertas hasta ahora, figuran otras muchas que van saliendo a luz y que han obligado al inspector del Ministerio de la Gobernación a proponer la revisión escrupulosa de todas las adquisiciones hechas por el Comité de compras del Ayuntamiento de Sevilla en el período de la dictadura.

Se constituye en Madrid el "Grupo Socialista de Izquierda"

Como se recordará, en el mes de septiembre último un importante núcleo de elementos jóvenes militantes en el Partido Socialista Obrero Español redactó un documento en el que exponía las causas que le impulsaban a separarse de dicho organismo, por tener la convicción de que sus actuales dirigentes han desvirtuado las teorías marxistas, echándose en brazos de un exagerado y pernicioso reformismo, que daña profundamente al obrerismo organizado en el terreno de la lucha de clases, del que ya no puede titularse genuino representante el expresado partido Socialista, en gracia a sus posiciones políticas de los últimos años.

No guiaba a los tales elementos disidentes del Socialismo español el mal propósito de entregarse a una cómoda e infecunda inactividad, ni tampoco a una fácil crítica de ajenas conductas. Muy otras las exigencias de su mocedad y de sus arraigadas convicciones, ellas les han llevado a ges-

tionar prontamente la formación de un denominado «Grupo Socialista de Izquierda», que el pasado lunes ha quedado constituido legalmente en reunión celebrada en el Centro Federal, a la que concurrió buen número de jóvenes, que pusieron de manifiesto su decidido empeño de luchar sin descanso por el triunfo del marxismo, por la más pronta emancipación de la clase trabajadora, a la cual se honran en pertenecer.

No pasarán muchos días sin que se sepa de los propósitos, de las actividades, de las campañas que se propone emprender este naciente grupo, que aspira a ser la legítima vanguardia política de las masas proletarias organizadas y en lucha sin tregua contra el vetusto e inservible régimen burgués y todos sus lacayos.

Baste por hoy la noticia de su formación, con las precedentes líneas.

El Comité del «Grupo Socialista de Izquierda» ha quedado integrado así:

Presidente: Graco Marsá.

Secretario: Carmelo Morales.

Tesorero: Antonio Vázquez.

Contador: Demetrio M. Bravo.

Vocales: M. Navarro Ballesteros, Ramón Martínez Pinillos y Enrique Gijón.

Y su domicilio social, establecido en la calle Concepción Arenal, 4, 2.º izquierda, adonde, a nombre del secretario, pueden dirigirse las adhesiones.

CINE MADRID

SEMANA PRÓXIMA

«Más allá de las Sierras» (Tim Mac Coy)

«Hombres de hierro» (LON CHANEY)

Economías antieconómicas

por ANDRÉS PELAEZ CUETO

Con frecuencia leo esas revistas que el ingenio pragmático de norteamericanos e ingleses consagra a los hombres de negocios y que a juzgar por la cifra de sus tiradas y por la prosperidad material que su presencia acusa, deben ser fervorosamente acogidas. (Revistas que en nuestros medios traficantes—casi es ocioso el decirlo—suelen ser simplemente desconocidas, porque nuestros hombres de negocios no tienen tiempo de leer las cosas que se escriben para ellos y que pudieran interesarles, ni las que no se escriben para ellos, que debieran interesarles más aún.)

Casi sin excepción, el tema central y la idea matriz de esas publicaciones

—eje, por otra parte, del sistema ideal de nuestro capitalismo—se resumen en estos postulados, esencialmente idénticos: Hay que procurar la producción barata. Como el principal capítulo de los gastos industriales o mercantiles son los salarios, hay que eliminar una gran parte de la plantilla de personal y sustituirla por auxiliares mecánicos. Al antiguo paso moroso del trabajador hay que oponer la marcha presurosa de la máquina. Hay que ordenar los sistemas y las fuerzas laborantes hacia un rendimiento mayor y menos costoso. Hay que hallar la distancia más corta entre estos dos puntos: capital, utilidad.

Para ello el ingenio del hombre ha

venido desde hace más de un siglo intentando una vez más descorder el velo de Isis de la Naturaleza, descubriendo y aplicando día tras día las ocultas leyes de las fuerzas sutiles que nos rodean, prestas a obedecer nuestro mandato inteligente. El vapor, los gases y la electricidad son poderosos animales de transporte, fornidos hombros y brazos incansables puestos al servicio del ideal de economía. Una sola máquina realiza la tarea de veinte hombres. Un simple mecanismo minúsculo e ingenioso evita en el taller de empaquetados o en la oficina de expediciones el esfuerzo directo y constante de dos o tres trabajadores. Lo mismo esas revistas de eficiencia que innumerables agentes vendedores nos meten diariamente por los ojos todo género de maquinillas, utensilios, aparatos y procedimientos para evitarnos el trabajo y, por tanto, el trabajador. Su argumento es único y eterno: la economía, la baratura, el ahorro de personal, la reducción de los gastos de producción o distribución.

Pero el hombre es una criatura de máxima torpeza y no suele fácilmente ver por tela de cedazo. No sabemos —¿llegaremos a saberlo algún día?— que las conquistas que penosamente arrancamos al secreto de la física, de la química, de la mecánica y de todas las ciencias, deben ser exclusivamente ofrecidas al servicio del Bien y generosamente utilizadas para que no se vuelvan contra nosotros. Nuestro apetito individual—lo más individual del hombre—quiere ser él sólo el servido y nunca aprenderá sin gran dolor la sencilla verdad de que, para poder satisfacerse duraderamente a sí mismo, le es preciso apaciguar también los demás apetitos circundantes; considerarse, en fin, como parte de un todo que se prolonga en el vasto colmenar humano.

El tremendo desequilibrio financiero del mundo, que ahora se patentiza en esta gran crisis de sobreproducción y desvalorización consiguiente de las cosas, que padecemos, se inicia con el advenimiento de la máquina precisamente como secuencia del postulado de la baratura. No hemos sabido percibir la finalidad verdadera de la máquina porque el hombre tiende a convertir inmediatamente los avances del progreso—resultados nuevos—en beneficio de viejos ideales que con ellos no se corresponden. Así es cómo no ha podido verse que la máquina venía sencillamente a ser un auxiliar del hombre, pero no a sustituirle; a reducir el peso irracional de la tarea de los trabajadores, pero no su número. Parte ese grave error del mezquino ideal de buscar la baratura en la parvedad de la nómina en vez de cifrarla en la abundancia de la producción.

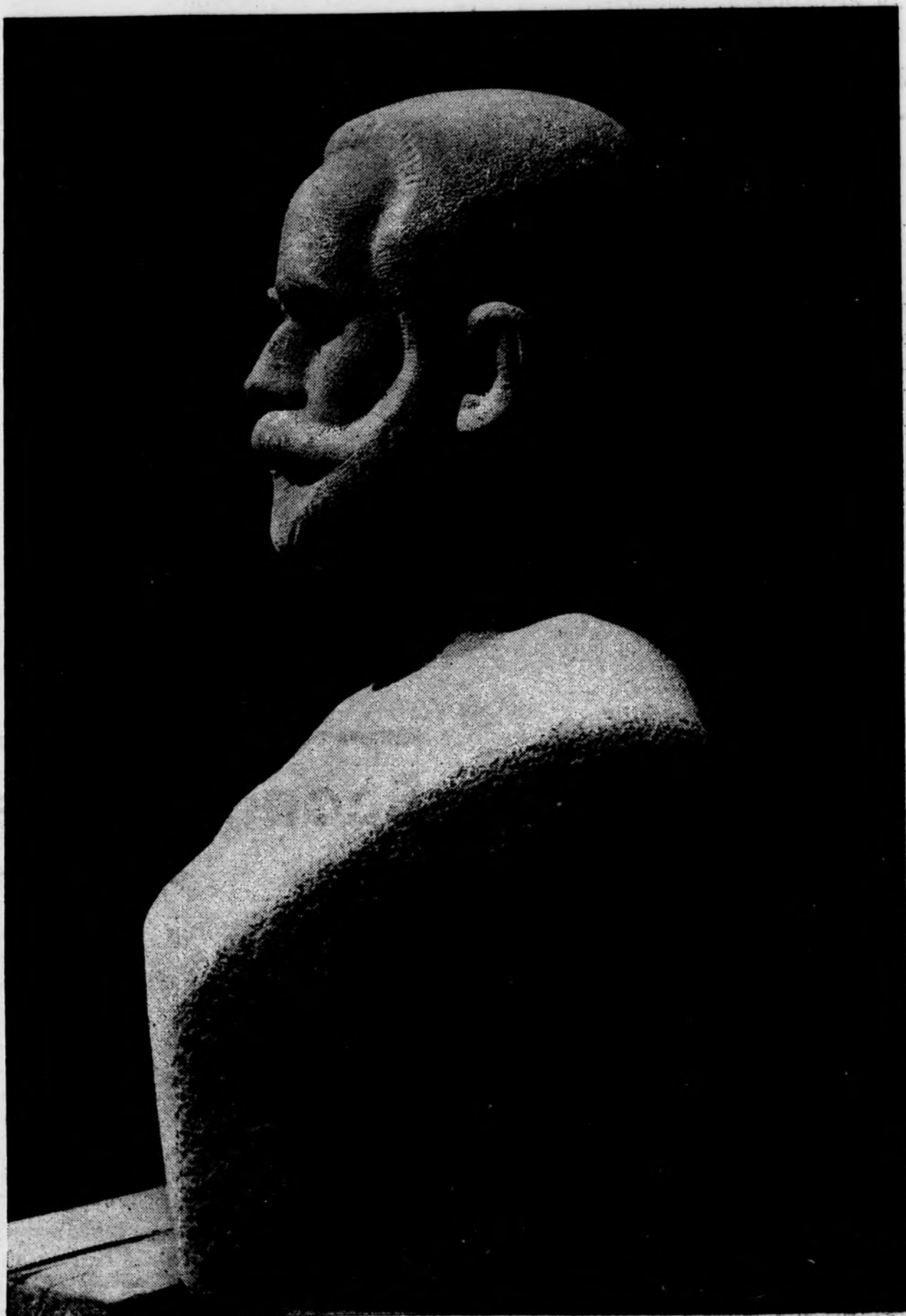
La máquina efectúa el trabajo de dos, tres, cinco o más operarios. Gran

ahorro; pero los operarios se marchan a la calle sin dinero, sin la retribución de su faena que ahora ejecuta silenciosa y casi gratuitamente el artificio mecánico. Y en la calle se suman a otros jornaleros cesantes e inopes; y entre todos forman un inmenso rebaño de pobres, multiplicando en familias numerosas y famélicas. Son un millón, tres millones, cinco millones de trabajadores suplantados por las mal servidas máquinas, y que, por carecer de medios adquisitivos, representan una cantidad negativa en el mercado. Esos millones de infelices no son compradores de nada: ni de alimentos, ni de ropas, ni de artículos de confort, ni de libros, ni de elementos

de placer y solaz. Son tan sólo un peso muerto, una carga social, un capítulo de gastos que, en más o en menos, viene a balancear el beneficio aparente de la baratura producida por su eliminación del trabajo.

Pero es que la máquina no venía a desplazarlos. Venía a permitirles trabajar seis horas en vez de ocho; venía a permitirles la cotidiana salida del taller con el ánimo contento y el espíritu sosegado para que pudiesen disfrutar plenamente del asueto diario y pensar en instruirse en vez de ir a buscar en el vino la mitigación de su penosa jornada y de la triste perspectiva de los días venideros.

(Continuará en el número próximo)



OVIEDO.—Un aspecto del monumento a "Clarín", que va a ser inaugurado. Es obra del escultor Laviada.

Ayuntamiento de Madrid

La situación del Gobierno

por F. FERNANDEZ ARMESTO

Cuando llegue a publicarse esta carta estará el Gobierno del Reich en estado inminente de decidir la línea de conducta que ha de regirle. No parece posible que lleguen a producirse grandes sorpresas. Lo más probable es que el señor Bruening atornille su vacilante situación gubernamental con el artículo 48 de la Constitución, que le permite, con la anuencia del presidente del Reich, gobernar a espaldas del Parlamento. Y digo que esto es lo más probable porque toda posibilidad de mayoría parlamentaria parece descartada.

El triunfo proletario de las últimas elecciones ha desquiciado el recurso de arbitraje sobre el Parlamento que hasta ahora tenía en las manos la burguesía. Pero la burguesía ha sido siempre sabia en la colocación de resortes defensivos y hasta para los momentos de mayor desesperación ha previsto la tabla salvadora. Lo que no puede hacer la burguesía es darle al resorte, arma de falsa fuerza, la calidad noble y el valor inmanente del instrumento. Entre resorte e instrumento hay la misma diferencia que entre política burguesa y política proletaria. Lo que puedan resistir los resortes sacados de las leyes democráticas por la burguesía, como sacan los prestidigitadores conejos de los sombreros, frente a la fuerza auténtica, continua, del instrumento de la política proletaria será lo que dure la actual situación de Alemania.

La política tradicional burguesa con su empalago de frases hechas y palabras falaces, libertad, derechos del hombre, justicia, fraternidad, ha desaparecido ya de la circulación. Los mismos partidos políticos más ahincados en la burguesía hablan un lenguaje en el que entran los números y las palabras, impuesto, capital, trabajador, patrono. Esto prueba que han tenido que descender de su entronizamiento intelectual y bajar a la plaza donde se encuentra la verdad. Digo entronizamiento intelectual porque, efectivamente, la burguesía, que ha sostenido, y lo sigue sosteniendo, el monopolio de la ilustración, inventó aquellas frases y palabras falaces para poner ante el pueblo ignaro, que no llegaba a comprender su significado, la maravilla de una superstición con la cual atarle al banco de la servidumbre. Pero el lenguaje marxista, basado sobre las palabras capital, jornal, obrero, patrono, éste ya lo comprende el pueblo, y ya no tiene para él rutilancias cegantes.

El mismo señor Bruening al anunciar ahora su programa invulnerable de Gobierno, con el que quiere justificar las medidas dictatoriales, lo hace en nombre de la economía exclusivamente. Hay que sanear la economía del Reich. El Reich está despeñado en un abismo inatajable. Cada tres o cuatro meses se produce un déficit de 700 u 800 millones en el presupuesto, y no bien acaba de cubrirse un déficit ya comienza a insinuarse otro. El hecho está producido por el productor de todas las perturbaciones: los obreros sin trabajo. El Gobierno prepara su presupuesto para subvenir al seguro de un millón y medio de obreros parados, pero a las dos semanas de haber acordado el presupuesto, los obreros parados en vez de un millón y medio son ya dos millones, y el déficit, por tanto, ha comenzado. La ola creciente del paro se escapa a las posibilidades del Estado y hasta a su capacidad imaginativa, es el fenómeno más atroz e imponente que han visto los siglos.

Además del artículo 48 al Gobierno de Bruening le queda la solución de aliarse con la social-democracia, la cual, como siempre, ha puesto su cerviz al servicio de la República, del or-

den, de la paz y de no se sabe cuántas cosas más. Pero con la social-democracia, con la que los católicos colaborarían encantados, no quieren unirse ni los populistas ni el partido económico. La otra solución que le queda es la de darle en el Gobierno los Ministerios del Interior y de la Guerra y la jefatura de Policía a los nacional-socialistas, para que éstos puedan realizar la revolución desde el Gobierno. Esta vez el servicio que la social-democracia le quiere prestar a la burguesía le va a ser despreciado, en cuyo momento no vendría mal cierto adagio castellano.

De cualquier modo, aunque se lleguen a tomar medidas excepcionales, una dictadura es absolutamente imposible en Alemania. Una dictadura al estilo de la española o de la italiana no duraría aquí veinticuatro horas. Alemania es un país organizado, con todos sus recursos pendientes de un sistema, con la vida colectiva en actuación casi mecánica. Una huelga general no podría resistirla Alemania tres días. El éxito de la actuación gubernamental extraordinaria depende del respeto que encuentre en el pueblo y de la consideración de que el Gobierno disponga en los Sindicatos. Pero ¿el programa del Gobierno no consiste en la elevación del impuesto sobre el trabajo—un trabajador en Alemania paga de impuestos y seguros alrededor del 30 por 100 de su jornal—y en la rebaja de los sueldos a los empleados?

Berlín, octubre.

LOS ENCARCELAMIENTOS

La paz a los espíritus, preconizada por el general Berenguer cuando arribó a la Presidencia del Consejo de Ministros, está resultando agitación tumultuosa.

La voluntad del Destino es más fuerte que la voluntad de los hombres.

Con la prisión del comandante Franco, Tussó, Grainer, Claré, Lluhi, Companys, Pestaña, Foix y Escrig, ha dejado sonar el Gobierno la nota de mayor inquietud que va sintiendo ya en estos días, pese a la serenidad que aparenta.

La paz no se les inyecta a los pueblos con vagas promesas, ni con rudos golpes de fuerza, sépalo el general Berenguer.

Tiene muy reciente el ejemplo catastrófico de su predecesor.

Sin duda, el jefe del Gobierno se sonreirá ante esta o semejantes advertencias, pensando muy convencido de que él no esgrime ni las vagas promesas ni la fuerza con el mismo grado de injusticia que el anterior dictador.

Quizá piense, no lo dudamos, que él es un ejecutor de la Razón, descen-

diente directo de Don Quijote, que la justicia de su empresa lo llevará a izar la bandera de la victoria en la conciencia nacional.

¿No pensaría también de igual manera el estadista de Jerez?

Nosotros siempre hemos creído, lo decimos con lealtad, que Primo de Rivera estaba haciendo con España lo que todos sabemos y cuál sería el resultado de su triste misión de Poder, y, sin embargo, le hemos reconocido en toda la representación de su tragedia grotesca, cierta sinceridad, hija de una megalomanía sin freno.

Quizá sienta Berenguer que en sus manos está hoy la balanza y la espada de la Justicia y que ambas cosas las administra con la más escrupulosa ecuanimidad.

Nadie le niega que balanza y espada tiene. Pero una cosa es disponer de los instrumentos de Poder y otra es pesar con pesas contrastadas fielmente y blandir la espada con rectitud.

Aunque otra cosa crea nuestro dictador de hoy, su sistema de pesas es lesivo para el pueblo español y con la

espada coacciona sus anhelos de dignidad y bienestar.

Fijese el general Berenguer que España entera está frente a él, como él estaba en otro tiempo frente a Primo de Rivera.

Si nuestro dictador de hoy se imagina que cuenta con la adhesión unánime de «la mayoría de los ciudadanos» y que sólo «unos centenares de desarmados y descontentos» son los que le hacen la oposición, recuerde que esto era el monólogo inmortal del dictador de ayer.

Nosotros le auguramos al que fué huésped del castillo de la Mota un fracaso histórico, más culminante, mayor que el de su predecesor, porque tiene el mismo vano empeño que aquél: querer convencer a un pueblo entero con sofismas triviales y la fuer-

za que usufructúa, de que la fórmula que lo sana es su veneno mortal.

No olvide el dictador, general Berenguer, que si es más difícil que un rico entre por las puertas del Cielo que un camello por el ojo de una aguja, es mucho más imposible todavía el que todo un pueblo olvide lo inolvidable, mate su inexorable instinto de conservación, le vuelva la espalda a su destino histórico y retroceda hacia el pasado para encerrarse en los dominios de una tumba, a ser el juguete de un cadáver.

A eso, por mucha que sea la vileza de un pueblo, no se puede obligar a España, ni con todos los sofismas de la filosofía universal ni con todo el armamento de la guerra europea, porque contra esas fuerzas está la fuerza de la Naturaleza que lo impide y triunfa.

CATALUÑA

Las huelgas y la reacción

por N. MOLINS Y FABREGA

Caída la dictadura de Primo de Rivera, y en pleno período de normalización —según el general Berenguer—, las organizaciones obreras, que fueron anonadadas por el rayo del golpe de Estado de 1923, siguiendo la marcha normal de todas las fuerzas revolucionarias y no revolucionarias de toda España, procuran reorganizarse y cumplir el fin por el cual fueron creadas.

Al renacer, después de siete años de no actuación, encuéntrase con que muchas de las conquistas que tan penosamente consiguieron arrancar a la burguesía, ésta, a la vez que clamaba contra una dictadura que destruía la economía del país y, por la misma razón, la causaba serios perjuicios, aprovechábase del mutismo obligado en que se hallaban los obreros para ir socavando los derechos que habían otorgado de buen o mal grado a los trabajadores.

Esta situación no debía perdurar y la masa proletaria no podía de ningún modo aceptar este *modus vivendi* y desaprovechar el arma que más buenos resultados le ha dado hasta el presente: la huelga.

Y por todo el solar del Estado español han surgido las huelgas que en muchas ocasiones han tomado proporciones verdaderamente alarmantes para quienes conducen el país: Sevilla, Córdoba, Granada, San Sebastián y, en los momentos de escribir estas líneas, la general del Ramo de la Construcción de Barcelona.

Ante el renacimiento de lo que algunos dan en llamar período de huelgas por sistema, la burguesía, que a sí misma se llama revolucionaria, clama al cielo y dice a los cuatro vien-

tos que los movimientos huelguísticos que florecen por todas partes, son productos de maquinaciones del Gobierno y de los que quieren la reacción, a la vez que el Gobierno y sus oyentes propalan en sus declaraciones que son movimientos controlados desde el extranjero, y más concretamente desde Moscú. Unos y otros, pues, tienden a desacreditar los movimientos obreros, cada cual con el arma que le es más grata.

¿En qué basa la burguesía revolucionaria española el temor de que los movimientos obreros pueden ser organizados de acuerdo con el Gobierno?

Básanse, para afirmar esto, en el temor de que las huelgas determinen la venida de otra reacción de tipo dictatorial igual o peor que el traído por Primo de Rivera. A la vez hemos de notar que los gubernamentales dicen exactamente lo mismo. Declaraciones del duque de Maura y editorial de «La Veu de Catalunya» del día 14 de septiembre.

Al parecer los obreros españoles deben permanecer inactivos y deben renunciar a toda defensa ante el temor de una nueva dictadura. Esta es, al menos, la teoría que se desprende de los temores de los revolucionarios burgueses españoles.

Veamos las causas por las cuales los movimientos obreros pueden producir la tan temida reacción.

Según los pusilánimes revolucionarios burgueses españoles, las huelgas, en este momento en que vamos hacia una normalidad más o menos cierta, o en que quizá sería posible hallar la solución al nudo gordiano de la revolución burguesa, pueden producir en el sentimiento nacional una hiperes-

Ayuntamiento de Madrid

textia que sea susceptible de ser aprovechada por los que pretenden retrotraer España a la Dictadura.

¿Es que acaso el mismo malestar que puede ser aprovechado por los elementos reaccionarios para hacer su revolución, no puede ser aprovechado por los elementos izquierdistas para hacer la suya?

¿No es ésta una causa que puede producir dos efectos muy distintos, según quien sepa aprovecharlos?

A mi entender, el mal es mucho más hondo. La revolución política española no se ha realizado. Antes, quizá, por incapacidad de quien tenía que dirigirla; hoy, por el temor a que la revolución política de los primeros momentos se convierta en revolución social. Esta es, sin duda, la tragedia en que se encuentra el Estado español.

España no hizo una revolución política cuando la correspondía. Va con respecto a la Europa moderna con un atraso de más de cuarenta años. Primo, el hombre que tuvo el destino de España en sus manos, fué poco inteligente o poco ambicioso. Buscó un rey para España cuando de haber sido ambicioso podía él proclamarse jefe del Estado o proclamar una República.

En ambos casos, los destinos de España habrían sido muy otros de los presentes. Otros hechos se han producido en la historia del Estado español propicios para una revolución burguesa en este siglo: recrudescimiento de la guerra de Marruecos 1909, el malestar político y social de 1917, golpe de Estado 1923 y caída de la Dictadura 1930. Nadie ha sabido aprovecharlos y los revolucionarios burgueses han tenido con ellos en cada uno de estos momentos a las organizaciones proletarias españolas.

En el momento actual europeo en que parece imposible toda revolución política y los obreros de toda Europa se aprestan para hacer su revolución, los burgueses liberales españoles temen de que puedan los proletarios de España emprender igual camino, y se asustan en cuanto éstos salen en defensa de sus derechos y ponen el grito al cielo en nombre de una República que nada o casi nada puede ofrecerles a los obreros.

De no ser así, la revolución burguesa habríase hecho mucho antes de ahora, y mal pueden contar los republicanos hacerla en el presente, si tienen la fuerza del proletariado organizado.

Cuenten además en que cuanto más aplacen su acción más peligro habrá para ellos de que les quiten de las manos la revolución y convénzanse de una vez que quienes están laborando a favor de la reacción, por temor y cobardías, son ellos mismos, pues a los obreros ni en nombre de la República se les puede pedir que se dejen avasallar sin protesta de ninguna clase.

LOS COMITES DE ALUMNOS

por F. MORAGAS CORUJO

Una primera y muy rápida lectura de la Real orden creadora de estos Comités nos asombraría ante la nueva halagadora que supone la implantación de principios demócratas en nuestras Universidades, como consecuencia del reconocimiento de los derechos de los estudiantes, si no fuese esto, como la representación en el Patronato Universitario, los discursos de apertura y otras innovaciones, atributos muy halagadores, pero poco efectivos mientras no se infiltre en las autoridades de la enseñanza la idea de un interés común y se siga enjuiciando al estudiante como elemento perturbador, masa amorfa donde no puede haber idea política alguna.

Fruto de muy poco nobles insidias, de asociaciones confesionales y de los arrogantes mantenedores del orden público, a la par que de otras cosas, es esta hábil medida del ministro de Instrucción pública, encaminada a hacer abortar cualquier movimiento de protesta de los estudiantes mediante la graciosa concesión de unos Comités de intervención en la Universidad, por los que, ¡oh paradoja!, resultarán los interventores intervenidos. Pero la masa universitaria de la post-Dictadura no responderá ciegamente a este halago. Conoce sus derechos, calibra sus fuerzas bien templadas en la dura lucha sostenida contra los Gobiernos facciosos, y con digno gesto sabrá estimar en su extensión y en su fondo una colaboración que, so pretexto de la natural compenetración del alumno con el profesor, someterá a aquél al imperecedero visado gubernativo. No creo que sea lógico pensar que una masa dinámica como la que constituye el elemento universitario español se someta a la obligada intervención de un profesorado que, aunque notoriamente de izquierdas, depende oficialmente de un ministro nombrado por la Corona. Esta colaboración no necesitará ser decretada cuando el interés sea común y la autoridad del Claustro universitario análoga a la que tienen señalada en otros países; pero mientras que aquél detente un poder representado por severas sanciones disciplinarias, las relaciones entre el alumno y el catedrático, que ostenten carácter oficial, irán afectadas de una indiscutible dependencia y subordinación.

Pero llevados a la práctica estos Comités, tendríamos que llamar la atención de que, seguramente e influido por la idea de que la amplitud de conocimientos hace más capaz al alumno, señala en el artículo 1.º como elementos integrantes de estos Comités,

«uno de cada uno de los dos primeros y dos de cada uno de los cursos restantes», olvidando sensiblemente que si los pertenecientes a los primeros años gozan naturalmente de una menor capacitación intelectual, se les asigna, por el contrario, dado el mayor número de alumnos que en ellos se matriculan y la unipersonalidad de la representación, una mayor responsabilidad ante el Claustro en cuanto sea necesaria la aplicación del artículo 6.º Asimismo, y con respecto a este artículo, cabría preguntar qué se debería entender como «plazo notoriamente insuficiente para resolver» cuando por parte del Comité haya sido formulada una proposición o queja, puesto que si es público que los problemas universitarios se caracterizan por la rapidez con que se plantean, no creo que fuese esta la cualidad de las resoluciones si se ha de seguir la tramitación lenta y por demás buro-

LEA USTED NUEVA ESPAÑA

crática que señala el artículo 3.º Quizá con este procedimiento se encontrara la enervante solución que se ha intentado dar a todos los problemas nacionales: el olvido; pero sería probable que aceptados estos Comités en un principio, la primera ocasión de demostrar su eficiencia sería también la última de esa extraña colaboración.

El establecimiento de estos Comités, movido por un amplio criterio liberal, llevaría consigo un funcionamiento independiente de cuyo seno brotarían acuerdos que se transmitirían, como autoridad pareja dentro de la Universidad, al Claustro o al decano de la Facultad respectiva. Pero hace recelar otras intenciones cuando en el artículo 2.º leemos que «serán presididos por un catedrático designado por el decano», no permitiéndose ni aun siquiera que el nombramiento parta del Claustro en pleno, sino que ha de someterse a la libérrima voluntad de la mayor autoridad de la Facultad, sin temor a negras coacciones de elementos ajenos a la Universidad, como a las que con criterio más o menos sano pudiera ejercer accidentalmente el Gobierno.

Pero cuando más extraña se nos hace la lectura de esta Real orden es al encontrarnos con el segundo párrafo de este mismo artículo, que como fiel evocador de un régimen pasado, nos trae a la imaginación los principios genésicos del flamante Código

gubernativo. «La anulación por la Junta de la Facultad de la segunda elección de estos Comités, incapacita al curso para tener representación directa en el año.» En un régimen como éste, de representación acomodaticia, se reviste a una Junta de poderes absolutos para que, sin justificación alguna, pueda desechar una elección hecha obedeciendo a los más puros dictados de la conciencia del alumno. De esta manera, si un Gobierno, o un rector, o un decano estiman necesario para el bien público que una determinada Facultad carezca de representación, bastará coaccionar o reelegir la Junta de ella, para que rechace por dos veces consecutivas y en cada uno de los cursos que aquélla tienen, las elecciones resultantes de los «comicios estudiantiles». Pero pudiera suceder que de este mismo párrafo se desprendiesen otras consecuencias, desde luego peores porque establecerían una ominosa relación de dependencia entre las Asociaciones libres y las confesionales, si diésemos una más amplia interpretación a la palabra *directa* que como al desgaire ha venido a caer al final del mismo. Así, rechazada por segunda vez el acta, se incapacitará al curso para tener representación directa, pero nada dice que la tuviera indirecta, como por extensión y tácitamente se podría deducir de aquella redacción. Y entonces la representación excepcionalmente podría estar nombrada por el decano o por el rector, o por el ministro, corriéndose el riesgo de que recayera en quien indicara los que, válidos de su indumentaria, ejercen una omnimoda presión e influencia en la vida nacional.

A la arbitrariedad que se dedujera de este artículo, le agregaríamos la que podría llevar consigo el que el decano o el rector puedan suspender en sus funciones a un representante de una Facultad sin más requisito que el de dar cuenta de esta resolución, dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes, a la Junta de Gobierno. Esta podrá ratificarla y aun incapacitarle para que pertenezca al Comité, dejando por tanto sin representación al curso si es uno de los dos primeros, pero nada dispone para que, conociendo la natural influencia de un decano o rector sobre esa Junta, sea oído el alumno para su descargo, aunque este requisito sólo tuviera valor aparente. El derecho a defenderse, por todos reconocido, se niega aquí por innecesario.

Y así, la demostrada potencia del elemento universitario se vería de esta forma abatida, quizá en alguna ocasión caprichosamente, y siempre, en todo momento, vigilada por la escrutadora mirada del Gobierno que fiscalizaría todos sus movimientos con una intervención directa.

No es labor fácil alucinar a la

Unión Federal de Estudiantes Hispánicos con dádivas de esta clase, cuando, como dijo el alumno señor Vázquez en la apertura de curso, está percatada de que la influencia que sobre la Universidad ejerce, la debe, y no

por su culpa, *más a métodos de violencia que a serenas decisiones, en que a la fogosa decisión juvenil se añadiera la experiencia de sus maestros.*

Ella es, pues, quien tiene la palabra.

LIBROS SOBRE RUSIA

por A. HURTADO DE MENDOZA

La peor desgracia que puede sobreenvenir a un país es que se le tome por—o como—*cintera* literaria. Sobre todo: si la literatura es social. El que Ricardo León escriba—o no—sobre las cualidades de la raza castellana, o sobre sus eriales, no tiene importancia. ¡Bah, una de las mil tonterías que todos los días se perpetúan en letras de molde! Pero lo grave está cuando una reata de atrevidos toman a Rusia—o a Méjico, o a Nicaragua—como blanco de su atrevimiento. Como objetivo de sus disquisiciones sociales-liberales. Esto ya tiene mayor importancia, sin rodeos. Es indignante que unos grafómanos tomen el «hecho» experimentado en Rusia como motivo para que una editorial les insuffle en la cartera unos billetes. Contra estos desmanesseudoliterarios-mercantiles debemos estar apercibidos los que, fronteras por medio, simpatizamos con el gran experimento comunista.

En cuanto nos sea posible debemos oponer un bloque de verdad a la enhebración de tanta falsedad. Porque como dijo el rey Alfonso el Sabio: «Una de las grandes maldades que puede ome auer en si, es facer falsedad. Ca della se siguen muchos males, e grandes daños a los omes. Falsedad es mudamiento de la verdad. E puedese facer la falsedad en muchas maneras.» Una de las maneras de hacer falsedad es la que viene explotando, con fines mercantilistas, desde hace tiempo, un conglomerado de grafómanos advenedizos. Que día a día han logrado envolver el experimento social ruso en un velo desorientador. Se podrá creer que, ciertamente, combatir las desorientaciones de estos escritorzueros de a 0,15 la línea, es revestir su obra de la importancia que, desde luego, no tiene. Al contrario: hacer luz—toda la que se pueda—sobre la revolución comunista rusa, siempre será empresa ejemplar. Adelantarla sobre las baterías de la verdad, siempre será obra provechosa.

Por lo menos, debemos demostrar que si, en efecto, existe un conglomerado de escritorzueros de a 0,15 la línea, empeñados en oscurecer la revolución comunista, enfrente existe un grupo de simpatizantes con ella, de amigos sinceros, que ansían darla a conocer. Es decir: darla a conocer simplemente, sin atributos espantables ni ditirámicos. Sencillamente;

en líneas severas, tal cual es, con el inevitable mínimo de error que nosotros, admiradores y amigos lejanos, podemos columbrarla. Silenciar, cuando se puede hacer lo inverso, es actitud dudosa. Casi aprobatoria.

Bien merece «de dernier affaire», editorial de Penaitt Istrati—«Rusia al desnudo»—, que sobre él se proyecte el reflector de la verdad. Si en nuestra estantería le hemos situado en el rincón de las publicaciones execrables, en público queremos señalarle como se merece. Ni en privado ni en público queremos que se le tase con el gálbo de simpatía que otras publicaciones merecen. Porque nosotros, grandes simpatizantes de la revolución rusa, preferimos las obras que la enjuician con simpatía como las que con base—que no sea la subjetiva—censuran sus muchos defectos. Igualmente—o tanto más—execramos las informaciones que no tienen otra repisa que el servil adjetivo encomiástico.

Don Fernando de los Ríos es figura capacitada para censurar los defectos de la revolución comunista. Pero al cabo de sus censuras encontramos su entusiasmo ante un hecho como la «Declaración de los derechos del proletariado». Amén de su advertencia—en 1920—de que la revolución rusa será ejemplo de otras por venir en Europa. Sin embargo, cabría añadir que don Fernando de los Ríos exigió demasiado a la obra comunista cuando se hallaba en sus balbuceos. Pero carta de más en la exigencia excesiva no quita base a los fundamentos en que se apoyaba para ponerla en juego.

Abramos el libro de Istrati al azar. Por la página 110. Leeremos: «No te regocijes demasiado, peste blanca, gentuza, podredumbre incapaz de concebir va nada como no sea cataclismo, la sumisión, la cobardía, el egoísmo, la esclavitud, la orgía.» Como el vociferador de las subastas sentimos ganas de exclamar: «¿No hay quien dé más?» Pero demos un brinco—ahora—y caigamos sobre la página 303: «Los detractores parciales de la revolución soviética están desacreditados desde hace tiempo. Va no se les cree ni siquiera cuando dicen la verdad.» Aquí, naturalmente, queda el lector en su derecho de dar por terminada la lectura y reclamar las ¡8! pesetas de su importe. No habrá prestimano que arroje por la boca más pañuelos

que los esputos que Istrati lanza contra los actuales gobernantes de Rusia, con la notable diferencia de que los pañuelos del prestimano salen de su boca apoyados en la base de un truco y los insultos de Istrati ni una vez se apoyan en una prueba. Su información sobre la U. R. S. S. no es otra cosa que el cesto de los papeles donde ha ido tirando todos sus personales resentimientos con los actuales gobernantes soviéticos.

Para probar Istrati que esta vez no ha sido sino un escritorzuero al servicio del oro burgués europeo, ha tomado el rábano por las hojas. Naturalmente. Confunde «dos» procedimientos—malos o buenos—de los actuales dirigentes soviéticos para implantar el comunismo con la bondad esencial de éste. Supongamos que los gobernantes soviéticos acumulan en sus personas todas las estupideces que Istrati les cuelga. ¿Tiene esto algo que ver con la bondad del régimen comunista? Por cierto que este *quid pro quo* lo hemos podido anotar desde escritores del jaez del que ahora comentamos hasta los de mejor envergadura.

El segundo tropiezo de Istrati consiste en creer—¡qué vergüenza!—que Rusia está comunizada de Norte a Sur. La Rusia actual no está comunizada. Su total comunización vendrá dentro de algunos años. Fruto que recogerá la actual juventud soviética y, acaso mejor, sus descendientes. Rusia, en la actualidad, está en la segunda fase de la revolución comunista. Esto es: bajo la Dictadura del proletariado. ¿A qué hablar del fracaso del ideal comunista en Rusia?

(Primera fase: Revolución. Segunda fase: Dictadura del proletariado. Tercera fase: El Estado comunista. Repítanlo, señores mastuerzos de la pluma, hasta que lo graben entre ceja y ceja.)

De ninguna manera se puede creer que los resentimientos de Istrati con los dirigentes rusos sean mayores que los que, justamente, abrigue Trotsky. Jamás en los escritos de éste se encontrará una cosecha de groserías como las que Istrati prodiga a pleno pulmón.

El libro de Istrati, en definitiva, viene a parar en un nutrido «stock» de lenguaje verduleril. Como ninguna norma objetiva refrena los impulsos personales de su autor, como ninguna traba pone cortapisa a tanto desahogo, queda reducido a un jocundo panfleto para uso de burgueses, interesados en que la actual U. R. S. S. aparezca, como un calcetín, vuelta al revés. Nada más.

¡Qué sorpresa si un día la burguesía europea, ella que cree en el espejismo que de Rusia les han reflejado sus escritorzueros a sueldo, le tocara palpar de cerca la realidad comunista! ¡Qué sorpresa, caray!

DE LA BOLSA POLITICA

por ANTONIO DE OBREGÓN

REPÚBLICA-EVIDENCIA

La maniobra que profetizaba el talento político de Alcalá Zamora está teniendo eficaz realización. La palabra República no sólo no asusta ya a nadie, sino que se va a ella, se la busca. Nuestras clases burguesas, antes de la Dictadura, ponían el grito en el cielo ante la sola palabra republicana, pero por mor de esa paradoja que preside desde hace siglos nuestra vida pública, hoy puede asegurarse el orden para atraer a los reacios y retrasados. Nuestros capitalistas ven que regiones enteras, mediante un movimiento espontáneo como jamás se había conocido, apedrean a los ex ministros de la Corona, que los que se dicen animosos monárquicos asaltan las redacciones de los periódicos en mascaradas grotescas y que si antes la Corona disponía de hombres de confianza como Melquiades o Sánchez Guerra, ahora sólo puede echar mano de innominados doctores, o de Alba por el contrario, de gran—trágico y lamentable—renombre; y como nuestros capitalistas no son sordos, ni ciegos, ni tontos, sino que tienen para todo lo que a sus dineros se refiere un olfato infalible, han comenzado a pasarse a los bandos republicanos si no como hombres de acción, por lo menos a la expectativa.

Ellos—como las personas piadosas y los intelectuales estrechos—necesitan el orden por encima de todo, el orden que ampare y facilite sus operaciones y sus misas mediante las que se lavan de todo pecado, y aunque tienen siempre el recurso de situar sus bienes en el extranjero, con lo que se sigue hundiendo la peseta, miran a todas partes por si descubren el faro de la confianza... que hay que confesar—que lo confiesen—que no está precisamente en la Monarquía, de donde se lo tragó, tiempo ha, el mar de sus propios errores.

Me he tropezado recientemente con gentes de la extrema derecha; tratan de la República con una asombrosa familiaridad. El fenómeno no es extraño. El capitalista, el piadoso, el intelectual estrecho, necesitan orden por encima de sus propios ideales, que no los han tenido nunca determinados porque ellos sólo han sabido determinar su conveniencia.

¿No es así?

Sus ídolos lo son por inercia. Con el mismo trabajo que hoy les adoran, otro día les derribarán.

UNA ACTITUD

Eduardo Barriobero ha vuelto de una campaña de conferencias por diversas regiones, y ha enarbolado la bandera del desarme. Peligrosa, delicada, difícil cuestión, que no por ello ha de dejar de sacarse a flote, sea o no política. Hay que oírle, porque sus razones son tan seguras como sinceras.

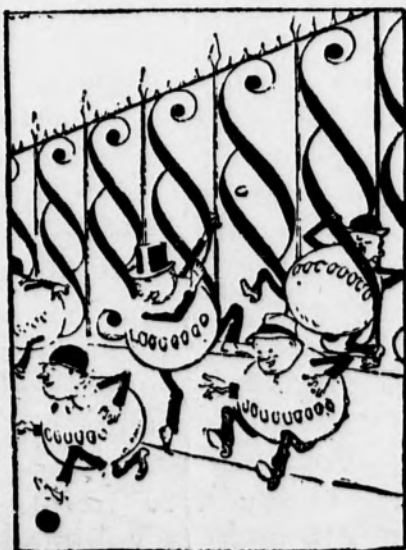
Afirma que entre nosotros los pronunciamientos militares se han opuesto la mayoría de las veces al restablecimiento de la libertad; que nuestra amenaza la constituyen las espadas, no sólo por la pasada suspendida sobre nosotros siete años, sino por la presente y por las que puedan sobrevenir; que en las naciones que suprimen o que modifican, resumiéndole, el ejército, no pasa nada, y que está dispuesto a propagar su adhesión a la idea porque confía que de ella es el porvenir; todo ello sostenido por importantes razonamientos y experiencias que, por importantes, hay que omitir aquí.

Un gobernador—creo que el de Barcelona—se ha indignado ante la actitud europea y moderna de nuestro repúblico y, en unas manifestaciones publicadas por la Prensa, ha dicho que hablar de eso es como tratar de la supresión de la magistratura y del clero.

Nos extraña que se reaccione tan apasionadamente ante la idea del desarme y si ahorauviésemos de él la primera noticia, pase; pero una iniciativa que ha conmovido al mundo desde el armisticio y que ha producido tantos cabellos blancos a los grandes estadistas, va mereciendo, por lo menos, el ser recibida con naturalidad.

Pensemos que muchas quimeras lo son por el empeño que tenemos en no variarlas de nombre.

A TRAVÉS DE LAS MALLAS LEGALES



El éxodo del capital al extranjero.

(Kladderadatsch, Berlín).

Ayuntamiento de Madrid

PACTOS

Ha terminado el período de pactos, "con bien hemos salido de todos, secretos y públicos. Una prueba de ellos es el gran acto de solidaridad republicana que, cuando estas cuartillas vean la luz, se habrá llevado a efecto.

El pacto—tácito o no—es una urgente necesidad moderna. Era preciso y hoy tiene realidad y eficacia.

Habíamos perdido el sentido del pacto.—¿Lo hemos tenido alguna vez?—En nuestra historia no ha habido pactos; se confundieron con la intriga y ésta es privilegio de reyes.

Se pacta. En un programa, en un acto mismo, Domingo junto a Alcalá Zamora, y éste no lejos de Azafra...

Los «otros» también pactan. Veinte ex ministros han ofrecido colaboración al ilustre prócer de don Santiago. Claro que eso no es un pacto, sino una entrega servicial como no sea—hay que preverlo todo—una mística ofrenda...

EL TERCER PROCESO

NUEVA ESPAÑA, denunciada y recogida

El lunes pasado, la Policía se presentó en nuestra Redacción y en la imprenta donde se tira NUEVA ESPAÑA para recoger, por orden judicial, los ejemplares de nuestro número del sábado. Afortunadamente, nuestra Revista logra un éxito tan rotundo, que el público agota la tirada tan pronto aparece. Por esta razón fueron muy pocos los ejemplares apresados.

Parece que las causas de la denuncia son dos: el editorial publicado con el título «No olvidemos Annual» y el trabajo de don Quintiliano Saldaña sobre «El affaire del ferrocarril Ontaneda-Calatayud».

Este es el tercer proceso que se sigue contra NUEVA ESPAÑA, si es que de esta denuncia no se deducen un par de ellos. El primero, como nuestros lectores saben, obedece a nuestra campaña sobre el turismo; el segundo se tramita en Barcelona a instancia de sindicalistas libres, y el tercero es el que aludimos en estas líneas.

El señor fiscal siente, al parecer, predilección por NUEVA ESPAÑA para ejercitarse en su notabilísimo oficio. Más notable que nunca, aunque no sea más que por el complicado manejo de aparatos coercitivos que han puesto los Gobiernos de dictadura en sus manos. Nos queda, sin embargo, el consuelo de que el fiscal-jefe, don Santiago del Valle, ha hecho una concienzuda Memoria donde se combate la dictadura y se loa la independencia del Poder judicial.

LAS DICTADURAS DE AMÉRICA

Después de la caída de Leguía

por BOLIVAR ULLOA

Hay que sintetizar con serenidad lo que acaba de ocurrir en el Perú.

El golpe de Estado del teniente-coronel Sánchez Cerro ha derribado inesperadamente, muy inesperadamente, el odioso Gobierno de Leguía. Este acontecimiento es tanto más sorprendente cuanto que—cabe reconocerlo—el Ejército ha sido en general uno de los elementos más pasivos y más sumisos al régimen derrocado.

Era ya tiempo—más que tiempo, desgraciadamente—de dar término al desastroso gobierno del dictador, gobierno que no era sino la fatal consecuencia y continuación de la política anterior del Perú. Leguía no ha hecho sino ampliar y dar proporciones gigantescas y escandalosas a un sistema ya iniciado. Los hechos son elocuentes. El Presidente derribado ha acrecentado la deuda para con los Estados Unidos de una manera inverosímil; pero débese tomar en cuenta que esa deuda se había iniciado anteriormente. Los abusos y el nepotismo de Leguía fueron descomunales, sin antecedentes en la Historia; mas ya los encontrábamos en 1919, antes de su advenimiento, en forma embrionaria. El gobierno de Leguía no ha sido sino la última etapa y la estrepitosa explosión final de toda una elaboración que ha roído al Perú desde hace unos treinta años.

Hoy la situación no puede ser más crítica. Fué con mefistofélica ironía que, al querer huir, Leguía dijo: «Los que ahora han de gobernar, verán cuán difícil es cumplir esa misión.» Dejaba a la nación en ruina, comprometida, desorganizada, desmoralizada, atrofiada. Por eso en cada mente se forjan estas preguntas: «¿Qué va hacer Sánchez Cerro y su Junta Militar? ¿Cómo van a resolver la crisis?»

La mano sobre la conciencia, expongo francamente el temor que tengo de que, a pesar de la buena voluntad que exteriorizan, caigan en el círculo vicioso de corrientes que ha regido esa República antes y cuando Leguía. Temo que sean víctimas de ese gran espejismo social y moral que tanto daño hace a los pueblos y muy en particular a países como el Perú: confundir la voluntad de la nación con la de algunos individuos, quienes, sin derecho y contra los deseos del país, hablan en nombre de éste. Esos mismos individuos, que, en la mencionada República, constituyen una casta limeña, desde hace treinta años, tienen al pueblo amordazado. Ellos hablan, mientras el pueblo se calla. Ellos gritan, mientras el pue-

blo se incurva. Ellos hacen cuanto les da la gana. Han desperdigado la conciencia nacional. Han destruido el concepto cívico. Han violado increíblemente la dignidad de la nación. Además ellos son los indiscutibles responsables y cómplices de la abominable tiranía de Leguía.

Sin duda alguna esos mismos «personajes», con sus insinuaciones y sus cantos de sirenas, tratarán de marear a la gente nueva que hoy se halla en el Poder. He allí el abismo. Categóricamente he de declarar que, si se les escucha de nuevo, el país está perdido. Hoy día en el Perú, como en todos los pueblos de Hispano-América, la voluntad nacional debe gobernar. Ella debe abarcar los grandes problemas que se plantean. Nadie tiene derecho de sustituirse a ella. Es una responsabilidad que corresponde al pueblo. Nadie puede ni debe asumirla.

Por eso conviene que haya elecciones en el Perú. Pero elecciones libres, francas, completas, decisivas, verdaderas. Que todos los que gocen del nombre de peruanos expongan sus deseos. Que se consulte de veras el libre arbitrio de la nación. Que se creen partidos, pero no como los que hasta ahora ha habido y suele haber en Hispano-América. Nada de teatralidad. Que se persiga a los que se dicen «jefes» careciendo de toda representación y sin ningún valor. Que los candidatos formulen clara y explícitamente programas. Que se comprometan a seguirlos fielmente. Que se ejerza severas sanciones contra quienes renieguen su palabra. Las ideas sobre todo. Los apellidos «ilustres» y las relaciones de familia, al margen.

Según parece, en el Perú hay hoy quienes se figuran intelectuales, y creen ser ellos los llamados a gobernar. No se es «intelectual» espontáneamente, sino conforme al valor que los demás le reconocen. Es un abuso imponerse como «déspota ilustrado» *motu proprio*. A este respecto también y principalmente se debe tener en cuenta la opinión nacional, que se revelaría muy distinta a lo que muchos se imaginan o simulan imaginarse.

Se puede acaso argüir que el Perú no está preparado para las elecciones. No hay partidos como se desearía, organizados, con principios, con programas. Desde hace treinta años se han amortiguado la voluntad y la inteligencia del pueblo de esa República.

Contra este estado de cosas la so-

lución es única. Dejar al pueblo libre de pensar y de actuar. Libertad de palabra, libertad de Prensa. Que se siga siquiera el ejemplo de naciones como Inglaterra y Francia. Los periódicos, los «meetings» deben hacer palpar el espíritu ciudadano. Que se persiga, sí, al que pide restricción o control para la conciencia de la nación. Así se formarán ideas peruanas, partidos peruanos, y un pueblo peruano.

La «normalidad» de Berenguer Ni libertad de Prensa, ni de propaganda

Todo el mundo sabe que no existe tal libertad de Prensa. Los periódicos están sometidos a una censura tan feroz como era la censura previa. Pero tampoco existe esa libertad de propaganda de que el Gobierno habla. Los gobernadores y los jefes de la fuerza pública rivalizan en privar a los ciudadanos del derecho a la exposición de sus ideales y acuden a los procedimientos menos imaginables. Véase la denuncia de significadas personalidades de izquierda con ocasión de un mitin en Palma del Río (Córdoba):

«Ante el director de la Guardia civil acusamos bajo nuestra fe de ciudadanos al teniente del Cuerpo de la Guardia civil de Palma del Río don Luis Albacín, que entró anoche en local cerrado con ocho números montados, al galope y sable en mano, sobre la multitud indefensa que de espaldas a ellos escuchaba la palabra del catedrático don Antonio Jaén. No hubo toque de prevención, ni previa intimidación, ni el menor apercebimiento, pudiendo ocurrir una verdadera catástrofe, dada la enorme concurrencia al acto. Los caballos de los guardias derribaron al entrar a varias señoritas y al dueño del local, que presenciaban el mitin, contusionando e hiriendo a otras personas. Pedimos que se abra inmediato sumario, y también hacemos constar que a pesar de declarar el teniente, en presencia de testigos al dejarnos presos, que quedábamos detenidos por desobediencia a la autoridad, al instruir el atestado se desmiente la calificación del delito como excitación a la rebelión. Creemos que todavía hay en España autoridades que sepan atajar los desmanes e infracciones legales, vengán de donde vengán.—Antonio Jaén Morente, catedrático; Francisco Azorín, abogado; Joaquín García Hidalgo, director de «Política»; Antonio Hidalgo, abogado, y Rafael León, estudiante de Derecho.»

¿Es posible que puedan permitirse estos atropellos incíviles por los que se llaman mantenedores del orden?

¡Basta!

El doctor Albiñanuela anda buscando distrito electoral.

Si se presenta por Coria no hay quien le dispute el acta.

■ Cantable de una antigua zarzuela:

Soy un rey de chi...
Soy un rey de chi...
Soy un rey de chirigota
Y en mi mano está la ley;
Que aunque parezca la sota
¡Soy el rey!

■ A «La Nación» le han quitado la propineja de 2.000 pesetas que recibía desde Sevilla, mensualmente, en tiempos de la Dictadura.

Y Delgado Barreto está que bufa.

■ Pronto se publicará un libro titulado «Las cien mejores notas oficiosas de Primo de Rivera».

Con un prólogo de Siurot.

Un epílogo de Gabilán.

Unos comentarios de Yangüas.

Y unas ilustraciones de la «Caoba» y de Antonio de Hoyos y Vinent.

■ ¿Qué está baja la divisa nacional? Pues que llamen a un especialista en estos asuntos.

A don Santiago Alba, por ejemplo.

■ Injusticias de la suerte.

«Cuatro de Infantería» están obteniendo gran éxito donde quiera que se presentan.

En cambio, a cuatro de caballería—Guadalhorce, Calvo, Primo y Callejón—los abuchean en todas partes.

■ —Di, papá: cuando un soldado incurre en «negligencia en el servicio», ¿le castigan?

—Sí, hijo. Le meten en el calabozo.

—¿Y cuando un oficial revela «incapacidad para el mando»?

—Le destituyen y le envían a un castillo.

—¿Y cuando el que demuestra las dos cosas es un general en jefe?

—Le hacen presidente del Consejo de ministros,

La fauna clerical se divide, como todo el mundo sabe, en tres especies de curas: clerizontes, cleripopótamos y clericanallas.

¿A cuál de ellas pertenece el obispo de Vitoria, monseñor Múú...gica?

Esperamos la contestación de Pío Baroja.

■ El P. N. del T. saca ahora a oposición unas modestas plazas de funcionarios con asignaciones de 3.000 pesetas al año.

Los funcionarios, altos y bajos, que hoy *funcionan* en el nauseabundo Patronato, ¿en qué oposición ganaron sus plazas?

En ninguna, naturalmente.

Se limitaron a aceptar los «enchufes» que se dignó concederles el dictador, para que fuesen chicos buenos. Y humildes y regocijados se pusieron al servicio de la ilegalidad y del P. N. con tal de recibir mensualmente sus ningües salarios. ¿Que entraron por la puerta falsa? ¿Que se colaron arbitrariamente y por puro favoritismo en los comederos del Presupuesto? Esto no es una razón para que siempre ocurra lo mismo. Desde ahora habrá oposiciones para cubrir cualquier cargo en el Turismo. Aunque sea el de ordenanza. Y se exigirá de firme: francés, inglés, alemán, chino, matemáticas, mecanografía, taquigrafía, otorrinolaringología, contabilidad, tuninambilidad, etc., etc... (Lo que no habrá de exigirse será Prestidigitación y Manipulación, porque esta asignatura no necesitan saberla los subalternos.)

■ ¡Ah, escritores, catedráticos y periodistas que estuvisteis desterrados o en la cárcel, honrados caballeros, que perdisteis vuestros empleos, cátedras, libertades y bienestar por no colaborar con la Dictadura, ni ceder en vuestro derecho de combatir al tiranuelo! ¿Cómo se habrán reído de vosotros y se estarán riendo nuestros grandísimos turistas!

■ En las francachelas del Turismo se presenta siempre la sombra de Banco. La noble sombra de Enrique de Mesa,

Ayuntamiento de Madrid

Al marqués de Alhucemas le pasa lo que al caballo de Atila. Donde pone su pezuña política no vuelve a crecer la hierba.

Ni la flor del porvenir ministerial.

■ Nada de minutos de silencio. Las circunstancias nos imponen muchas jornadas de gritos.

■ Dicen que las fieras que hay enjauladas en el Retiro no tienen de fieras más que el rótulo: Casa de Fieras.

Pues si esos «ciudadanos» son unos mansos, ¿para qué vigilarlos y encerrarlos?

Que los dejen sueltos, ¡a ver qué pasa!

■ Lo primero que hace un gobernador civil ante un conflicto entre obreros y patronos es concentrar la Guardia civil. ¿Para encarcelar a los patronos?

Para asegurar el mantenimiento del orden que, perturbado «a priori» por los patronos, precisa prevenir no sea alterado por los obreros.

¿Está esto claro?

■ Se admiten proposiciones de algún insecticida verdaderamente eficaz para acabar de una vez con los bichejos que nos perturban la existencia.

■ Ahora resulta—según «A B C»—que todo el problema de España estriba en hallar un hombre para Gobernación. «Encontrarle sería—dice—prestar a la nación un servicio quizá decisivo.»

Y añade: «... y dar un bonito mentís a los que dicen que la Monarquía carece de hombres.»

De hombres nuevos, desde luego.

■ Pues si en tal empeño radica la felicidad del país, que traigan a don Juan, que se sacrificará con gusto, volviendo a 1909.

Ya que de lo que se trata es de encontrar un ministro que pegue y no un ministro que pague...

LOS PERSEGUIDOS POR LA DICTADURA

Antonio María Sbert

Reportaje de RAMIRO GOMEZ FERNANDEZ

La personalidad adquirida por este estudiante es bien definida; su nombre se hizo prontamente popular, traspasando las fronteras. Es el héroe estudiantil que sufrió más por la clase escolar. Encarcelado, vejado por la Dictadura constantemente, supo resistir sin miedo a la represalia, dando el pecho al enemigo, y siempre a la vanguardia de la masa universitaria.

Defendió una causa justa y noble, y por ello fué el punto a donde se dirigían los rencores y odios de un régimen absolutista.

Sbert, a no dudarlo, ocupará un puesto en la Historia de España.

—Mis primeras diferencias con la Dictadura empezaron el 15 de mayo de 1925—comienza diciéndonos.

El día 20 fui detenido e ingresado en la Cárcel Modelo de Madrid. El pretexto fué la conferencia que pronuncié en la Asociación de Ingenieros y Arquitectos, precedida de aquellos incidentes ocurridos en la misma puerta de la Escuela de Ingenieros Agrónomos.

—¿Incidentes? ¿Cuenta, cuenta!

—Nos hallábamos esperando al Rey en la puerta de la Escuela. También, y acompañado del general Vives, se encontraba Primo de Rivera. Nos saludamos respetuosos, y el dictador se interesó por la Asociación de Alumnos, que yo presidía. Entonces aproveché esta circunstancia para anunciarle que el director de la Escuela nos había prometido solicitar del propio presidente una audiencia para que nosotros le expusiéramos un proyecto relacionado con la concentración parcelaria; otro relativo a análisis y toma de muestras en productos agrícolas; le reiteramos la exposición elevada por las Asociaciones de Alumnos de Ingenieros y Arquitectos de España acerca de los falsos diplomas de ingeniero expedidos por los Jesuitas, y, por último, unas peticiones referentes a los viajes de prácticas.

Primo de Rivera contestó negándonos la audiencia por falta de tiempo, ya que en breve tenía que emprender un viaje a Marruecos. «Ahora puede usted decirme lo que tenga por conveniente»—me añadió.

Yo, como la rápida entrevista no era para entrar en el fondo del asunto, me limité a exponer una idea general. El dictador ignoraba cuestiones tan

esenciales, confundía concentración parcelaria y concentración de la propiedad; libertad en la enseñanza y libertad de enseñanza; derecho a enseñar y facultar para capacitar, viéndome precisado a rectificarle. El diálogo quedó cortado, creyendo que llegaba el Rey. Este no llegó, y cuando yo me disponía a reanudar la conversación, el general se adelantó con la siguiente frase: «Usted no tiene por qué dirigirse al Poder público, porque usted no es más que un estudiante, y un estudiante es un soldado que no puede abrogarse la representación de sus compañeros ni dirigirse al Gobierno más que por medio de sus superiores.»

Yo le contesté, si mal no recuerdo, de esta manera: «Estoy seguro, señor presidente, de que cuando ingresé en esta Escuela un alumno no era un soldado. Lamento mi equivocación. Si hubiese sabido que era así, no habría ingresado.»

El dictador me replicó, lanzándose amenazas, que luego, muy sañudamente, ha cumplido.

—Pues el general Primo de Rivera—interrumpimos—, en una carta dirigida a los escolares, decía que usted le provocó con notoria impertinencia.

—El diálogo—contesta Sbert—no debió ser muy grave, ya que no se encontró la manera de apreciar otra falta que la relatada, bajo una coacción bochornosa, por el Claustro de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, que la calificó simplemente como merecedora de un apercibimiento. La expulsión de la Escuela dimanó de un orden indebidamente acatada por la Junta de Profesores.

—Bueno. Luego del diálogo con el general, ¿qué?

—Nada; que di la conferencia de que le hablé anteriormente y que me llevaron a la cárcel.

—¿Ideas principales de su discurso?

—Fué el tema «Pasado, presente y futuro de nuestra orientación profesional». Por aquella fecha, nuestro ideario, nuestro programa y nuestra acción, eran casi desconocidos del gran público; aun ahora, la gente es muy dada a creer que toda nuestra organización es una barricada para tirar ladrillos y nuestro credo la indisciplina. La verdad es que nuestra insurgencia aspira a ser disciplinada y a disciplinar a la juventud, porque sa-

bemos que sólo así contraerá hábitos de ciudadanía; pero antes que Ghan-

la desobediencia civil; cuando desobedecer es mantener la ley, la desobe-

CARICATURA ALEMANA, por George Grosz



Nosotros hemos nacido para obedecer

di, hemos aplicado nosotros a favor de nuestra causa el arma formidable de

diencia es civismo, y cuando es imponer justicia, la desobediencia es vir-

tud. La típica desobediencia española arranca de la fuente del Poder. El Poder, desde el jefe del Estado hasta su último válido, vulnera continuamente el estado jurídico y enloda las únicas fuentes de su autoridad, dejándola sin otra significación que la pretoriana, sin otro argumento que la fuerza bruta, sin otra razón que la coactiva para el mantenimiento del tan apreciado «orden público», merced al cual nuestros burgueses pueden llevar a sus familias al cine tranquilamente y todo un pueblo, inconsciente o embrutecido, puede dedicarse sin sobresaltos a tomar el aire y a contemplar famélicamente los escaparates. Si el orden público faltara, siquiera por unos días, con la pretensión de imponer un orden jurídico justo, sería imposible pasear como ahora por esta deliciosa calle de Alcalá y lo serían también otras cosas que ocupan la mitad del tiempo a la «oposición sensata»; es, pues, evidente que este llamado «orden» es necesario para la vida nacional, mucho más cuanto que a su sombra beatífica sesteaba el pueblo feliz, mientras el desorden ético y la zarabanda administrativa van consolidando sus reductos y ocupando nuevas posiciones. Ejemplo: la dictadura. orden y paz.

El caso de la enseñanza en los jesuitas es típico entre los que corroboran lo dicho. Estos señores, firme puntal—o por lo menos puntal, que en lo de firme siempre se exagera—del orden actual y de todas las situaciones que les otorguen beligerancia, vienen faltando a la ley de Instrucción Pública, llamada ley Moyano, a la Constitución, a la ley general de Presupuestos de 1893 y a otras disposiciones posteriores, bordeándolas capciosamente y saliendo fuera de ellas—a juicio, entre otros, de varios ministros y subsecretarios, que de Real orden han reiterado los preceptos en este sentido—; practican la desobediencia civil, antes que nosotros y que Ghandi y debemos rehabilitar para ellos esta primacía, para que no se alarme el fidelísimo y creyente pueblo español ante consecuencias inmediatas de semejante ejemplaridad. Sólo hay una diferencia y es en favor de su impunidad. La Universidad, entonces, no supo darse cuenta de que el caso de los ingenieros falsificadores en el Instituto Católico era el principio del fin. No se solidarizó con nosotros. Mi conferencia, en mayo del 25, fué

la exposición de lo que entiendo por «deberes profesionales», de la trascendencia que atribuyo, en lo social y en la formación individual, a la conciencia de estos deberes, cuyo sentido arranca de la imposibilidad de separar en el hombre la ética profesional de la ética general y de la necesidad de que la profesión no sea nunca una traba para el libre desarrollo de la acción ciudadana de cada profesional en el campo de la política, de manera que no sigamos en el abstencionismo que desintegra España.

Me pronuncié, por estas razones, contra el espíritu llamado «de Cuerpo», por lo que representa de merma para la libertad individual en la política profesional y hasta en la general, ya que los Cuerpos están siempre sujetos a ingerencias gubernativas y propugnó el espíritu colectivo de una «clase profesional» como el de una democracia disciplinada por la mancomunada de intereses y por el ejercicio de derechos iguales entre todos los profesionales, dentro de la Asociación.

A propósito de los privilegios que dimanaban del espíritu de Cuerpo, hasta dar en la casta, recuerdo que me referí a una disposición, entonces reciente, que había sido comentada por el catedrático de Zaragoza, señor Monera, suprimiendo los tribunales de honor para los ingenieros civiles, con lo que venía a establecerse un dilema: o el honor es privilegio, inadmisiblemente, de los militares, o los ingenieros tienen tanto honor que no necesitan tribunales.

Finalmente, leí numerosas cartas de ex ministros y otras personalidades que, en el desempeño de sus altos cargos, habían tenido relación con la Asociación, escuchando nuestras peticiones y, en todo caso, nos recibieron siempre con toda cortesía. Hice un relato escueto del incidente con Primo de Rivera y recomendé que no se le tomara en consideración, porque, evidentemente, los estudiantes no podíamos ser militarizados por las declaraciones pintorescas de un dictador, infatuado por su falta de preparación y por la abyección con que le servían y le engañaban sus «amigos» para no perder su favor. Contradecir a Primo de Rivera «superhombre» era arriesgar demasiado.

—Estuvo mucho tiempo en la cárcel?

—Unos días; recibí después la or-

den de mi confinamiento en Cuenca. Momentos antes de tomar el camino del destierro recibí un oficio de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, en el que se me comunicaba mi expulsión por orden del dictador.

El oficio comunicando esta expulsión se basaba en el *ukase* consignado al margen de un oficio en que la policía participaba haberse desarrollado mi conferencia sin alteración del orden, en los términos autorizados; al mismo tiempo que la policía daba cuenta, por error, de que se había comunicado el incidente ocurrido a la puerta de la Escuela de Agrónomos, a la Secretaría de Su Majestad, cuando lo ocurrido era que la Secretaría de Su Majestad, por encargo expreso de éste, había invitado especialmente a la Asociación de Alumnos de Ingenieros y Arquitectos al acto de inauguración del pabellón del nuevo edificio para la referida Escuela.

La nota marginal del oficio en cuestión decía: «Al cabecilla Shert (no parece ni apellido español), sobre darle de baja en su Escuela, póngase de acuerdo con Anido y destiérrele a Fuerteventura o a Fernando Póo. Madrid, 19 mayo 1925.—M. Primo de Rivera.—Señor subsecretario de Fomento.»

Como usted ve, Primo quería mandarme más lejos.

Llegué a Cuenca, y desde allí fui confinado a la isla de Mallorca. Ya en este punto, entablé recurso contencioso-administrativo contra la orden de expulsión, prestándose a defender mis derechos ante el Tribunal Supremo el eximio jurisconsulto don Angel Ossorio y Gallardo, cuya generosidad no olvidaré nunca.

Cuando se iba a substanciar el recurso, salió en la *Gaceta* el Decreto prohibiendo, con efectos retroactivos, a este Tribunal que conociese en los recursos que se entablasen contra las extralimitaciones del Poder público.

Aproveché los meses de destierro para preparar las asignaturas que necesitaba para completar mis estudios de aparejador, y obtuve este título de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, después de exámenes en la Industrial de Valencia, y seguidamente ingresé en la Escuela Central de Ingenieros Industriales, dando por terminado mi confinamiento; ante la forma inconcreta con que se respondía a las gestiones para que el Directorio me autorizase a volver a Madrid, decidí coger un vapor y salir de Mallorca sin esperar autorización; habían pasado ya cinco meses y llevaban trazas de pasar muchos más sin que se resolviera mi situación.

—¿Los compañeros no se solidarizaron?

—Mis compañeros de la Escuela de Ingenieros Agrónomos declararon la huelga al abrirse el curso, después de

meses de infructuosas negociaciones, que comenzaron por pedir la revisión de los trámites seguidos para expulsarme, llevada a cabo por el difunto señor Semprún, entonces gobernador civil de Madrid, y al que la muerte ha librado de más de un adjetivo; este señor hizo un engendro a medida de la voluntad del dictador, declarando que estaba mal impuesto el castigo que el C'austro acordó para dos compañeros que pertenecían a la Junta de la Asociación y para otro muy afín; les valió la circunstancia de que uno era paisano y casi pariente del «salvador de España», otro hijo de un general, y el tercero estaba entre los otros dos. La conducta de los tres fué la primera defección de la solidaridad en la Escuela. La huelga tuvo repercusiones en la apertura de curso de la Universidad Central, donde la presencia de aquel general Vallespinosa, representando, con insólita pretensión de jurista, aquella política de mandona grosería y de arbitrariedad inútil para el bien público, fué recibida dignamente por los estudiantes. Pero mi sacrificio era insuficiente para despertar la emulación. La conciencia profesional de los estudiantes no era todavía firme para alzarse con un gesto de magnífico desprendimiento, sobre las envidias y bajezas de algunos dirigentes improvisados que recelaban de la autoridad moral que podían darme, exaltando mi «caso», y prefirieron complicarlo con otros móviles que no podían llegar a todos por igual; el bloque se deshizo apenas empezaba a fraguar, y muchos aprendieron que era necesaria una disciplina permanente para salvaguardar nuestra libertad y ampararnos de las incursiones del poder ejecutivo y delictivo. El espíritu de la F. U. E. gestaba ya, y la F. U. E. nació en el curso siguiente.

—¿Cómo se motivó su segundo encarcelamiento?

—Desde el 18 de mayo de 1928, en que se publicó aquel esperpento que pretendía «reformular» la enseñanza universitaria, nosotros comprendimos que su verdadero propósito era «mermarla», para suprimirla después. Obedecía todo a un plan preconcebido, no sé si por el Gobierno o si el Gobierno era simplemente un instrumento de los intereses contrarios a la enseñanza del Estado; creo que la segunda hipótesis responde más a la realidad.

Particularmente iniciamos el contraataque en términos de vía amistosa con las autoridades académicas; entonces el profesorado empezó a darse cuenta del peligro. Se nos dijo—y después, muy tardíamente, Primo de Rivera lo confesó al comentar el libro del señor Villanueva *El momento constitucional*—, que el artículo 53 había nacido muerto, que no se aplicaría jamás, porque ningún catedrático se

prestaría a examinar y a calificar bajo la responsabilidad de la Universidad teniendo por compañeros dos frailes o dos representantes de frailes: uno contra dos y la Universidad como un testaferro. Cuando ya no nos acordábamos del famoso artículo 53, saió una Real orden, que era un paso sobre su vigencia definitiva, y nos puso sobre aviso; la cuestión tomó nuevamente actualidad.

La Asociación P. de Estudiantes de Derecho de Madrid, que era la más afectada, se dirigió a la F. U. E. requiriendo su intervención. La Federación Universitaria Escolar dió estado oficial a la protesta, elevándola por escrito a la Junta de Gobierno de la Universidad Central, y ésta al ministro con el apoyo más franco. Nuevas promesas, nuevas entrevistas con el rector señor Bermejo, que—aparte el vicio de origen y otras consideraciones—actuó en este caso como universitario y, dándonos la razón, porque la teníamos sobrada, defendiendo a la Universidad.

La gente, en los corredores y en las aulas se impacientaba; ante la dilación que sufría la respuesta definitiva del ministro, la experiencia aconsejaba tomar precauciones. La Federación Universitaria Escolar trasladó el caso al Comité Pro Unión Federal de Estudiantes Hispanos, constituido en Departamento de Relaciones Exteriores y que ostentaba la representación, pro delegación, de todas las organizaciones y Comités pan-organizadores de las Asociaciones aconfesionales de Estudiantes; yo era comisario general de este Comité; lo reuní y redactamos un escrito señalando un plazo para que, si no se resolvía a nuestro favor el pleito, la Cámara Federal Extraordinaria de la F. U. E., con las atribuciones superiores de su representación, decidiera la actitud definitiva. Estaba claro que, si el Gobierno se proponía seguir «toreándonos» (frase que el general Primo de Rivera empleaba mucho; e. p. d.), la única solución era la huelga; pero nosotros hacíamos todo lo posible por evitarla; el Gobierno pudo resolver sin coacción en los *nueve meses y medio* que tuvo para pensarlo; había pasado más de uno después del escrito de la F. U. E., cuando yo fui detenido, después de una nota oficiosa insultante.

No sé a qué mentecato se le ocurrió que la manera de ahogar nuestra creciente fuerza era urdir un absurdo supuesto, pretextar una confabulación alimentada por «el oro extranjero»—la gran novedad en los trucos policíacos—y elevarme a mí al martirologio poniendo en evidencia mi modesta vida, amasada con privaciones, lealtad y trabajo; yo seré mejor o peor estudiante, pero hace años que trabajo humildemente para nuestras organiza-

ciones, y al mismo tiempo, de mi trabajo vivo y pago mis estudios; no sé hasta qué punto puede exigirme nadie determinado coeficiente de escolaridad, viviendo como vivo, entre apremios de tiempo, y menos aún podía hacerlo quien, para llamarme transfuga, me fué expulsando de todos los centros donde estudiaba y donde podía estudiar, sin sujetarse a ninguna moral de derecho, por simple ejercicio de su arbitrariedad.

—¿Usted cree que Primo de Rivera estaba convencido de su honradez?

—Es difícil contestar a esta pregunta, pero puedo asegurarle que poco tiempo después de mi detención, le sobraban ya datos para conocer la verdad y, a pesar de todo, en 13 de septiembre de 1929, en aguas de la isla de Ibiza, todavía pretendió hacer creer al presidente de la Diputación de Baleares, que yo cobraba de los Soviets y afirmó poseer pruebas—que no han sido aportadas a sumario—. Yo reto a todos los que intervinieron en este asunto a que prueben, sencillamente, que yo he tenido, por lo menos, trato con alguna organización rusa o dependiente de Rusia, hasta la fecha.

No es difícil para una Policía de confidentes desaprensivos sacar conclusiones fantásticas, que los fondos secretos pagan a precio de oro, y así se dijo que mi presencia en París y en Chartres, a la luz del día, reseñada por toda la Prensa en agosto del 28, había sido para establecer contactos soviéticos, y todo el que quiera puede comprobar que yo asistí a la Conferencia internacional de la *Entr'aide Universitaire*, hospedándome en el Liceo Morceau, por galante cesión del Gobierno francés, y que en París asistí al X Congreso de la «Confederation Internationale des Etudiants», de la que uno de los pocos países que no pertenecen—no creo que con justicia—es Rusia. Este Congreso fué espléndidamente subvencionado por el Gobierno francés y lo había sido el año anterior, al reunirse en Roma, por el Gobierno italiano. Ni una hora tuvimos libre para vagar en esearceos ajenos al Congreso y a nuestra misión. Al testimonio de su Comité y de mi compañero el señor barón Castro me encomiendo.

Y no me extiendo en detallar si un jefe del Gobierno tiene o no medios para que no sean gratuitas las afirmaciones que hace contra el honor de un ciudadano. Subraye usted que un país en el que se vive a merced de un anónimo delator y en el que por vía gubernativa y sin más fundamento que una acusación clandestina o una venganza, hay quien pasa meses y años en la cárcel, no tiene el derecho de pedir a sus hijos más virtud que el

rubor de consentirlo, si no tienen el valor suficiente para evitarlo.

—¿Fecha de su detención?

—Era el 7 de marzo de 1929 cuando ingresé nuevamente en prisión. En los hediondos calabozos de la Dirección general de Seguridad y en la Cárcel Modelo pasé treinta y tres días, rigurosamente incomunicado, al cabo de los cuales me levantaron la incomunicación, pero sin autorización para recibir visitas. ¡Menos mal que me dejaban despachar la correspondencia!

De esta prisión fuí conducido a la de Torrelaguna.

Es la patria de Cisneros, quien la enriqueció con una magnífica iglesia católica; sus connaturales no le han perdonado el que diera preferencia a Alcalá para fundar la Universidad; Alcalá dista menos de la mitad del camino de Madrid a Torrelaguna; a Alcalá se va por carretera llana y Torrelaguna duerme al pie de las estribaciones de sierra, en una ladera sana y fría, a la que se llega por vueltas y revueltas de un camino pintoresco; en los tiempos del Cardenal se necesitaba una jornada para llegar desde la corte, mientras que a Alcalá se iba en unas horas.

Muchas veces recordé de su eminencia aquel gesto que, desde los balcones abiertos sobre la plaza de la Villa de Madrid, mostró la artillería y aclaró con la frase: «estas son mis razones».

La cárcel era una de las antiguas cuadras de la casa de los Pósitos, que el propio Cisneros fundó; un techo de cañas enyesadas, repleto de chinches, se levantaba dos metros sobre el suelo; desde la plaza Mayor, por dos ventanas que afloraban a las de la acera, llegaban bocanadas de aire polvoriento y de moscas hambrientas; la chiquillería y alguna vieja, apretaban sus narices contra la reja exterior de la triple cortina de hierro que mermaba la luz, para contemplar mi chaleco rojo y comentar con extrañeza mi porte, diciendo alguna vez: «parece señorito» o «mira cómo barre», hasta que la diligente vigilancia del jefe o del oficial me libraban de su curiosidad espantándolos como a las gallinas: «¡¡Chóoo!!... ¡Fuera de ahí!»

Aquella prisión inmunda no tenía más vertedero interior que un bacín, sobre el que un chusco escribió W. C.

Llegué el 4 de mayo; mi primer cuidado fué recabar del exterior una cama y un colchón, que la cárcel no posee; después secundar la cruzada contra los bichos, a la que el jefe de la cárcel se dedicaba con todo ardor, consiguiendo tener aquello lo más decente posible. No podía sacarse más partido.

—¿Estuvo usted solo siempre?

Ayuntamiento de Madrid

—Casi siempre. Hubo por unos días un mozo de la serranía procesado por lesiones; unos cortes con navaja minúscula, en legítima defensa; buen muchacho, que quería aprender y se trajo una aritmética; acurrucado a mi vera, me profesaba admiración ingenua mientras yo le hacía multiplicar y dividir; aprendió en unos días. Tuve también por compañero a un chóter, que atropelló, en la carretera, a un borracho y a unos obreros del ferrocarril de Burgos, detenidos por una camorra sin importancia y libertados por aquel buen juez señor Núñez antes de las setenta y dos horas.

Tanto el problema de esas cárceles como el del Cuerpo de Prisiones, requieren urgente remedio. La consignación que el Estado concede a cada preso—una peseta y quince céntimos—es insuficiente para un simulacro de rancho, y lo es más aún en las prisiones de partido, donde han de guisarse ellos mismos la comida. El sueldo de los jefes y oficiales es un baldón para el Estado; el jefe de la prisión de Torrelaguna percibe poco más de cuarenta duros mensuales, y por este dinero contrae una delicada responsabilidad y vive tan preso como los presos en un rincón del mundo donde sus hijos no pueden recibir instrucción ni aprender más oficio que el de cava-dores.

En las grandes ciudades, oficiales con semejante retribución, que el alquiler de una humilde casa merma en su tercera parte, tienen a su cargo el control y la convivencia con los detenidos y presos más diversos y lo desempeñan, en general, con un sentimiento humanitario tal que no puede apenas enmascararlo la coacción que desde fuera se ejerció, faltando el Ministerio de la Gobernación abiertamente a la ley. Todavía en los penales puede haber quien justifique una revisión del personal, pero ni la miseria de su haber puede ser mantenido con justicia ni el sistema de sustituir oficiales por guardianes resabiados de una vida militar contraria a lo que debe ser un régimen penal, es solución si a fin de cuentas ha de haber más guardianes que oficiales.

Los que hemos pasado horas y meses encarcelados, con ojos para ver, tenemos el deber de decir todo esto: En las cárceles hay presos hambrientos; en los penales se consumen hombres que trabajan por un jornal miserable en los talleres de los contratis-tas, jornales de cincuenta céntimos muchos de ellos. Los oficiales también tienen hambre.

Entretenía mis ocios, después de las siete u ocho horas que dedicaba al descanso, en leer, estudiar, escribir, contestar la numerosísima correspondencia que recibía. Además, sepa

usted que cuidaba de mi cama, barría la celda y preparaba mi comida.

—¿Trato recibido?—interrumpo.

—Bueno. Pronto me hice amigo del director y del oficial. Los recuerdo con elogio. Eran dos buenas personas; sobre todo, eso sí, muy humanas.

Esta conversación tiene lugar en uno de esos cafés *modernistas* donde hasta los viejos carcamales se sienten rejuvenecidos por el abuso tan descarado que hacemos del *vanguardismo*.

Es un café-cervecería, donde hacen su *peña* engomados pollos y desigualadas *niñas*. Estas y aquéllos no dejan un momento de apartar sus tardas miradas del chaleco encarnado de Sbert. Es la característica de éste. También el bigotito negro es el punto de convergencia de aquellas miradas...

Llamamos su *miaja* de atención. Sbert no teme a la admiración de la concurrencia. En vista de ello, inquiere nuevamente:

—Se afirma que le ofrecieron a usted la presidencia de las Juventudes de la Unión Patriótica. ¿Es cierto?

—Efectivamente, me fué ofrecido este alto cargo. El señor Benjumea, persona muy amable, e, indudablemente, con reconocido don de gentes, fué el encargado del intento de captación de mi fe. Me pedía aceptara esa presidencia, sí; pero yo siempre he creído, y los hechos me lo confirmaron, que la juventud y la Unión Patriótica eran incompatibles.

No bastó la renuncia categórica que desde el primer momento hice a este cargo. El señor Benjumea requirió de mi cortesía el que presenciara la asamblea de constitución del grupo juvenil, en el que tanta fe parecía tener; y a ella asistí como mero espectador, haciéndome acompañar de varios presidentes de Asociaciones estudiantiles, a fe, nada más, que de testigos. Ya en la asamblea, me vi sorprendido por la insistencia con que se reiteraba mi nombramiento desde la mesa presidencial. Conmigo se incluía en la candidatura a tres de mis compañeros más destacados en las organizaciones nuestras, entre ellos Sayagués.

Me vi obligado a rechazar públicamente el nombramiento. Mi renuncia y mis argumentos abonaban una crítica meditable a la institución upe-tista.

Mis palabras de excusa (siempre corteses) dieron pie para que llovieran las dimisiones, adhiriéndose a mis razonamientos los que por timidez aparentaban asentimiento. De aquella primera Junta quedó mi amigo el marqués de la Granja y algún que otro *amateur* que con aire distraído, y como para atender ineludibles requisitorias, no podían abandonar semejante honor.

¡Aquella juventud no fué nunca nada!

—Bueno, Sbert. ¿Quiere decirnos algo sobre la incomunicación? ¿Qué es? ¿Para qué se aplica?—inquirimos.

Sus ojos vivos, muy expresivos, se clavaban en nuestro rostro. Frenético, apura el poco café que queda en la taza, y contesta:

—La incomunicación es una medida simplemente procesal; su finalidad es evitar la coartada, el acuerdo previo para amañar una declaración; es arrancar más pura la confesión del acusado.

Está limitada a cinco días. Yo la padecí un mes, sin otro objeto que el acobardarme y el que mi cobardía desanimara a los estudiantes, los desmoralizara; fué una venganza prolongada, por el placer de hacerme daño, desde el momento en que se vió que la soportaba sin depresión moral; pero mis compañeros no olvidaban mis últimas palabras al despedirme de ellos, después de leer la nota oficiosa que, imprudentemente, anunciaba mi detención: «Haced lo que podáis dentro de lo que debéis; no es conveniente a nuestro pleito el que eluda la detención, aunque sea fácil ocultarme. Mi mayor rendimiento ha de obtenerse estando en prisión, porque así la misma torpeza de la Dictadura se revolverá contra ella, levantando como una bandera que enardece el ánimo de los compañeros y de la opinión; sólo así cabe hacerla reaccionar contra el atropello. Si escapo, nadie se creará en el deber de hacer nada por nosotros, y, sobre todo, una consideración: pase lo que pase, no permitáis nunca que desempeñe otro papel que el de hijo de Guzmán el Bueno; tirad desde vuestra muralla el cuchillo si os amenazan con sacrificarme a mí para que renunciéis a lo que es nuestro. Yo no debo ser nunca un rehén.»

La incomunicación —prosigue— es moralmente llevadera si el ánimo está sereno y templado. Físicamente, es menos soportable por antihigiénica. Se comprende que un reo, el autor de un delito, sólo con su conciencia ha de sufrir horriblemente. Pero si la conciencia no sólo no acusa, sino que alienta, el espíritu se mantiene firme.

—Las mujeres estudiantes han colaborado con ustedes grandemente, ¿no es así?

—La actitud de nuestras compañeras en nuestras luchas merece ser considerada y divulgada para estímulo de esas otras mujeres, en el estricto sentido fisiológico y sentimental, cuya sensiblería se parece más a debilidad mental, o cuyo enardecimiento es histérico.

No fué una actitud improvisada: venían colaborando con nosotros en la labor interna y de propaganda de la Federación Universitaria de Estudiantes; mutuamente nos alentábamos; ellas se sentían más fuertes jun-

to a nosotros en la lucha contra su propio ambiente, de geneautocracia burguesa, en el que la mujer no pasa de ser un magnífico juguete que se estropea como todos o un ama de llaves distinguida. Nosotros encontrábamos en su presencia el estímulo para seguir, en vez del consejo interesado de la presunta novia de altar, que procura hacer de su posible marido un chico que gane pronto unas oposiciones y sea así un hombre práctico, con ribetes de acrisolada sensibilidad amorosa, que encubren malamente una lujuria insatisfecha.

Sólo quien lo ha sentido puede saber lo que significa recibir todos los días el presente de los compañeros, por manos de ellas preparado; evocar, en una rigurosa incomunicación, a los que se comunican espiritualmente con uno, con el testimonio reiterado de su atención; equivale cada regalo, cada presente, a un acto de presencia moral cuya fuerza tónica en nuestra situación es imponderable.

Ellas pedían para nosotros, para mantener nuestro cautiverio con todos los alicientes de los *pequeños detalles*, tan grandes para el total de cada día. Ellas no cejaban en su campaña para que la verdad llegara a todas partes, buscando prosélitos hasta triunfar, mientras las hojas clandestinas tiradas en los solares, con artefactos desechados por la mecánica; las reuniones por pequeños grupos de enlace en lugares inverosímiles... las noches en claro, los días interminables pasados en el sótano... mantenían el espíritu.

Ellas fueron también encarceladas por orden de aquel juez desaprensivo contra el que se incoa ahora un proceso, el mismo que nos quiso enzarzar a todos como presuntos comunistas en una causa fantástica. Y los compañeros, todos los días llenaron su celda de flores y de juguetes de tal manera que ellas comprendieron entonces el valor que para un preso tiene una carta, un envío, que desde fuera trae, como la brisa, un perfume, una caricia, una promesa.

Yo, al evocarlo desde mi encierro, seguro de la fe y del empeño de mis amigos, encontré siempre en la fuerza de la evocación los cimientos de mi fortaleza; no lo veía, no lo sabía, pero lo tenía por cierto. Y si no lo hubiese sido, mi conclusión no fuera otra que pensar que aún no había trabajado bastante nuestra Federación Universitaria de Estudiantes para inculcarles a ellas y a ellos el firme espíritu de la nueva generación.

Sbert se emociona; levanta la voz. Unas veces indignado, otras...

—Puede usted creerlo—termina—: la Dictadura nos ha dado conciencia de nuestra fuerza y de nuestra solidaridad.

Lo pasado fué un sueño... Ahora hay que seguir trabajando. El triunfo es de los perseverantes.

EL HECHO RUSO

La lucha por fracciones dentro del comunismo

por L. FERSEN

Hoy se distingue en el comunismo internacional tres tendencias extraordinariamente acusadas en el partido comunista ruso: el comunismo de derecha, el centrismo y el comunismo de izquierda, lo cual no excluye la existencia de divergencias menores dentro de cada una de ellas. Una caracterización tan simple como derecha, centro e izquierda basta de momento a nuestros propósitos, pues no tratamos de exponer sus diferencias frente a los problemas que plantea la revolución internacional—y en particular la revolución rusa—, sino de enjuiciar ciertas acusaciones—como la de traidores—que recaen con toda su furia sobre el comunismo de izquierda que no se aviene a identificar la revolución proletaria con la fracción centrista que monopoliza el aparato a la vez—digámoslo de paso—que se nutre ideológicamente de las otras dos tendencias.

Hecho curioso: mientras las contiendas con la derecha se resuelven dejándola manifestarse y aplastándola dentro del partido, a la izquierda se procura por todos los medios reducirla al silencio, para lo cual no se vacila en recurrir a las expulsiones en masa. El acto se justifica con un rico repertorio de adjetivos—y hasta de sustantivos—. Como por esta causa la fracción de izquierda no puede desenvolverse dentro de la Tercera Internacional, sostiene su posición organizándose fuera de ella. No se entienda, sin embargo, que crea una Cuarta Internacional, es decir, una fuerza opuesta a lo que representa la revolución rusa en su conjunto, sino que mantiene su lucha fraccional del único modo que le es dado mantenerla.

Por grave que sea una escisión en la Internacional, es mil veces preferible a una unidad sostenida sobre un falso pie. Los comunistas saben perfectamente que el movimiento obrero encontró su salvación rompiendo con la socialdemocracia, y si este hecho no justifica por sí solo todas las escisiones, basta para probar que la cuestión de la unidad no puede elevarse a categoría de principio que permita condenar en su nombre toda escisión. En el caso de la oposición comunista nadie ignora que fué expulsada a causa de sus creencias y que para el ingreso en la Internacional sólo se le pide que renuncie a ellas. Si accede a esta pretensión queda en absoluta libertad para manifestarse dentro de las instituciones; puede incluso ejercer la

autocrítica de marras, que consiste en hacer propósitos de enmienda entre lluvias de aplausos.

La acusación de traidores recae sobre los opositores desde el punto y hora que continúan defendiendo su plataforma política fuera de la Internacional. El caso es conocido; quien ejerce el mando dice siempre encarnar los intereses de aquellos sobre que manda, hasta el punto que todo el daño inferido al primero es daño inferido al segundo. ¿Cuántas veces el arcángelico general Primo de Rivera no ha llamado antipatriotas a sus ene-

proletaria con los intereses de un grupo.

Digámoslo a modo de nota para los simpatizantes. Quienes no intervienen en la lucha política acostumbran a estimar la revolución rusa de una manera unitaria. Por su gran fuerza espectacular se propende a idealizarla—y a idealizar con ella a sus caudillos—más que a considerarla en sus problemas y en sus dificultades. Toda labor de análisis es para esta gente altamente dolorosa. Las polémicas entre comunistas, el descrédito de un caudillo les resulta desmoralizador. A veces oímos a personas bien intencionadas decir en un afán desesperado de tranquilizarse: Si; pero Stalin, vale; no cabe duda, vale. Bien; si con ello han de verse descargados de sus atribuciones no tenemos inconveniente en conceder que Stalin sea un hombre que vale.

Noticias Literarias

ALEMANIA

Acaba de aparecer un libro del conde H. Keyserling, titulado «América»; otro del profesor Goldschmidt, titulado «La tercer conquista de América», sobre el sentido político y social de las revoluciones americanas. El libro de más éxito de estos días ha sido «El dinero en la política», de Richard Lewinsohn.

—Actualmente actúa en Berlín un teatro japonés.

—Piscator ha ganado ante la Audiencia de Jena el recurso interpuesto contra el ministro del Interior de la Turingia el nacional-socialista Frieck, por la prohibición de representar su drama «Párrafo 218». La Audiencia condena, además, al ministro de Turingia al pago de las costas y de una indemnización. La obra «Párrafo 218» es una propaganda en pro de la legitimidad del aborto.

—Unamuno en Alemania. «Die Neu Rundschau», la mejor revista de Alemania, ha publicado un número extraordinario excelente. En él aparece un ensayo de don Miguel Unamuno, titulado «La tumba de Don Quijote», y un estudio sobre la personalidad de Unamuno de Ernst Robert Curtius. Además ha aparecido estos días en Alemania una marca de cigarros titulada Unamuno, una elocuente prueba de la popularidad que aquí ha alcanzado don Miguel. Casi al mismo tiempo ha sido leído por radio un nuevo drama del egregio escritor español titulado «El otro» que todavía es desconocido en España.

—«Die Münchner Illustrierte Presse» publica una traducción del cuento «El Blocao», de José Díaz Fernández.

M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39

Apartado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual

“LEAMOS”

a las personas que la soliciten

migos? Por una rara identificación entre las luchas políticas y las luchas de alcoba entre marido y mujer, se condena la claridad de expresión por temor a que se entere el vecindario. Que con estas luchas la burguesía adquiere armas contra el proletariado, es cierto en la medida que sea cierta la existencia objetiva de la crisis. Pero también en esta medida es cierto que el proletariado adquiere las armas que han de salvarle. Si los peligros que se denuncian existen realmente y no son pura creación imaginativa, no logrará conjurárseles por formar un bloque estandarizado, optimista, lleno de fe artificial, pero ciego para sí mismo. A la burguesía tanto le tiene que el comunismo le suministre armas, como que se extinga por sí solo en la más perfecta y optimista homogeneidad. No es con trucos polémicos ni con preguntas mal intencionadas como se destruyen posiciones ideológicas firmes. ¿A qué viene preguntar a la Oposición lo que hará en caso de guerra contra la Unión soviética? Tales preguntas sólo sirven para poner de manifiesto la grosería de quien las hace. Porque la Oposición no confundirá los intereses generales de la revolución

EL NACIONAL - SOCIALISMO

Discusión entre Ernest Toller y Alfred Mühr.

(Continuación.)

M.—El burgués sufre el pecado de su herencia. Ha heredado demasiados privilegios y está saciado de todo. No se interesa más por buscar el peligro auténtico; exige sacrificios, pero él jamás se sacrifica. Se mete en su casa y deja que la fortuna le siga llegando a la puerta.

T.—Yo creo que hemos cambiado los papeles. Usted está diciendo eloquentemente todo lo que yo podía decir. De aquí se deduce que el mundo burgués va hacia su fin. Al principio de su florecimiento la aristocracia disponía del derecho de vida; más tarde disponía sólo de las prebendas. Cuando el burgués al comienzo de su elevación luchaba por el derecho democrático, le esperaba la bala o la prisión. Hoy ocurre lo contrario. El burgués goza de su derecho democrático preservado en él contra la masa proletaria y evitándole al propio tiempo a ésta el ascenso a los reinos del saber o del bienestar. Contemple la enseñanza. La riqueza, no la aptitud, determina las posibilidades del desarrollo cultural.

M.—Yo debo contestar. En primer lugar quiero decir que no puede considerarse la burguesía como una clase únicamente. La burguesía consta tanto de trabajadores como de empleados y burócratas. Si hoy el empleado tal, de su sueldo de 300 marcos ahorra el dinero necesario para los estudios de su hijo, no es esto sino un hecho cultural privado que coincide con los fines del Estado. El trabajador marxista pudiera ahorrar lo mismo si él tuviera además del sentido del sostenimiento, el de desarrollo.

T.—Dígale usted eso a los tres millones de hombres sin trabajo en Alemania.

M.—Entre la burguesía es una ley consabida, la de que el hijo debe llegar a ser algo más que el padre. Esta es una virtud burguesa que yo deseo salvar de la crisis y de la conmoción actuales. Mire usted los pequeños burgueses arruinados por la inflación, presionados por la necesidad económica, y mire hacia una parte de la nueva juventud, la cual debe sufrir bajo la depresión económica de la familia, y no obstante

arriba a las Universidades a completar su educación.

T.—A mí me parece que no llega a rozar usted la medula del problema. Nosotros tenemos hoy enseñanza para poderosos y para menesterosos. Y la sociedad tiene la obligación de ofrecer a todos los niños sin diferencia de clases las mismas posibilidades de desarrollo. Si el pequeño burgués, el empleado, el burócrata, no se cuenta entre el pueblo trabajador, se equivoca. ¿De dónde procede el acervo de personal para las profesiones «liberales»? Mire las estadísticas de las Universidades. A pesar de las excepciones sigue en pie la frase «el que es escudero debe permanecer escudero». Todo el desarrollo espiritual del pueblo que ha podido realizarse hasta hoy se consiguió a pesar de la cultura burguesa. Contemple usted los movimientos de juventud en los cuales existe la más apasionada rebeldía contra el torpor burgués.

M.—Usted olvida que los principales conductores espirituales y políticos de Alemania han procedido casi siempre de los círculos más humildes. Piense usted en Schubart, Kleist, Büchner, Grabbe; piense usted en Rossegger; piense en Gurk, el actual poseedor del premio Kleist; piense en Hitler y Goebels, sus valiosos enemigos, los cuales proceden todos de familias humildísimas y se han desarrollado por sus propios medios contra la arbitrariedad de la cultura burguesa. Sus exigencias sobre la enseñanza comunal del pueblo están ya cumplidas desde hace lustros. Hoy mismo el programa de los nacional-socialistas defiende el derecho de cada alemán capacitado para llegar a la Universidad. Lo malo es que las Universidades han llegado a ser conventos en los cuales, al margen del tiempo, solamente se trabaja la ciencia pura, sin sentido ni conexión con el fluctuar de la vida. ¿Y todavía el profesor Krüger habla de una abstracción de la enseñanza!

T.—Usted ha nombrado a Schubart. ¿Dónde acabó su vida Schubart? En la prisión de Hohenasperg. Usted ha nombrado a Büchner. ¿Dónde terminó? En el exilio. Y cuando hace dos años se representó en Darmstadt una de sus

obras, la burguesía se ha levantado en airada protesta. Recuerde usted la frase de Büchner «paz a las cabañas, guerra a los palacios». En la Monarquía los hombres que venían del pueblo sólo eran recogidos, y podían ascender, si traicionaban su propia clase. Y quien en la República burguesa...

M.—República socialista.

T.—Usted mismo no cree que nosotros tengamos una República socialista. Quien en la República burguesa lucha por lo fundamental, quien propugna sería e incondicionalmente la República socialista, es maltratado, como antes, por la clase reinante. ¿Qué quiere usted decirme con que mis «exigencias sobre la enseñanza comunal están ya cumplidas»? Entre escuelas públicas, gimnasios y universidades hay mucha diferencia. La educación comunal que hoy existe crea súbditos, pero no crea ningún hombre responsable.

M.—Nosotros no pretendemos ser como la naturaleza. Tampoco podemos del principio del rebaño obtener una minoría aristocrática. Nosotros no queremos convertir al señor X o Z en un niño prodigio. Pero deben existir siempre conductores y conducidos, maestros y aprendices, tropas de combate y de retaguardia. No todos tienen aptitud de revolucionarios, y usted no puede exigir que sea elegida para gente ilustrada la mejor de la nación, y debe contentarse con que la gente ilustrada sea el mejor común denominador del país, y esto es así y ha sido siempre hasta hoy.

T.—Cuántos miles de niños proletarios...

M.—¿Por qué siempre solo niños proletarios?

T.—Para mí es también el empleado y el intelectual un proletario.

M.—Muy bien; este acuerdo lo esperaba yo.

T.—¿Cuántos miles de niños proletarios no pueden desarrollar su educación?

M.—¿Dónde está eso?

T.—¡No en su periódico, señor Mühr!... No se pueden desarrollar porque ya a las cinco de la mañana deben repartir panecillos

o vender periódicos. Sólo en casos muy excepcionales el gran talento puede liberarse hoy de las necesidades que le apremian.

M.—Entonces es que ellos no eran capaces precisamente de vencer la presión de la necesidad. En esto consiste precisamente la selección espontánea de la sociedad humana.

T.—El Estado no es un organismo en el que exista, como en la naturaleza, una selección espontánea.

M.—No. Pero ¡el hombre-masa!

T.—Hombre-masa es una idea que yo no puedo entender. Ya lo he expresado en el título de mi drama «Masa-hombre, contenido antitético».

M.—La defensa del rebaño y de la igualdad en la construcción marxista.

T.—¿De dónde proceden sus experiencias? Yo no veo ninguna construcción marxista en Alemania. Yo no comprendo, señor

Mühr. Los nacional-socialistas suponen la fraternidad para luchar.

M.—Sí, sin diferencia de clases.

T.—Este es nuestro fin, el fin del futuro socialismo. Déjeme explicarme. Cada pueblo con conciencia de su comunidad debe evitar que sus fuerzas sean malversadas o destruidas. ¿Cómo puede saberse las fuerzas que viven en un pueblo si no se les ofrece siquiera la posibilidad para que se desarrollen? Imagínese usted las fuentes de energía ciegas que latén en el vivir del proletariado alemán. No debemos discutir sobre Rusia porque no es ahora la ocasión, pero una cosa debe usted concederme: que allí se han desarrollado en la revolución miles de trabajadores, los cuales desempeñan hoy puestos y funciones que antes no les hubieran sido confiados. En la sociedad burguesa no hay pueblo, hay clases. El pueblo es nuestro fin.

(Concluirá en el número próximo.)

Sobre los derechos del hombre y del ciudadano

por M. GARCÍA PELAYO

En 1789 la Asamblea Constituyente francesa acuerda una Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, sobre la que más o menos se harán los futuros ordenamientos políticos de los Estados hasta el fin de la gran guerra. Desde el momento que tal *Declaración* quedó formulada lanzaron sus diatribas contra ella, primero los escritores reaccionarios, después los que ambicionaban un orden político más avanzado.

Y es evidente que en parte los últimos escritores tienen razón; las concepciones de la susomentada y sucesivas Declaraciones no han tenido vida en el orden histórico; la idea no ha logrado convertirse en fenómeno.

Prentendiendo terminar con el feudalismo y el absolutismo, no han hecho otra cosa que dar el poderío de los antiguos señores, a los capitanes de la industria; éstos tenían, y aun tienen, de hecho a sus obreros en las mismas condiciones de vasallaje que los titulares de la soberanía feudal tenían a sus siervos, e incluso en sus relaciones con el poder central se nota el mismo parecido. Al igual que los feudales, los grandes industriales se rebelan cuando pueden contra la autoridad del Estado. Conocidas son las luchas entre la soberanía de los Es-

tados Unidos de Norteamérica y la Compañía petrolera de dicho país apellidada la *Standard*; conocidas son también las terribles batallas que al principio de su vida tuvo que sostener la República alemana contra los poderosos trusts y Compañías. Otras veces se observa más claramente la verdad de la expresión de Rodbruch de que «el rey absoluto ha dejado su trono al capital absoluto». Entonces, al igual que los antiguos reyes, el capital posee un ejército, no para la defensa de toda la nación como mandan los derechos del hombre, sino para que enfile sus ametralladoras precisamente contra la parte más numerosa de la nación en su lucha contra el capital. Es más, en algunos países no sólo se ha exigido a los soldados defender la prominencia del capital con las armas, sino incluso desempeñando los oficios de los huelguistas, es decir, igual que cuando el individuo era enteramente el medio de que se valía un señor.

Mas no quiere todo esto decir que haya fracasado la idea de los derechos del hombre; las ideas no fracasan como tales porque no hallen sanción en la práctica. Por otra parte, los mismos que niegan la efectividad histórica de tales *derechos* no luchan con-

tra los *derechos* en sí, sino, por el contrario, por su defensa; a este efecto es curiosa la comparación del tipo de sociedad ideal que Marx y Engels exponen a la terminación del *Manifiesto Comunista*, sociedad «en la que la libertad de cada uno se halle sólo condicionada a la libertad de los demás», con la que formula Kant, en la que «el complejo de condiciones por las cuales el arbitrio de cada uno pueda coexistir con la libertad de todos los demás según una ley universal de libertad». He aquí cómo partiendo de caminos completamente distintos llegan a la misma conclusión Marx y Engels, teóricos y organizadores del movimiento obrero, padres del Comunismo, que Kant, el filósofo liberal y formalista.

Así, pues, no es el camino pretender arrinconar estos *derechos*, sino, por el contrario, darles vida. Mas estos *derechos* han tenido ya vida jurídica, han sido puestos a la cabeza de los ordenamientos jurídicos de los modernos Estados, pero lo que no han tenido es vigencia sociológica, y no han tenido esta vigencia sociológica por desconocer la base principal sobre la que gira la vida social, es decir, la base económica. Por tanto, lo que urge es sujetar esta base a un ordenamiento que haga posible la realidad histórica de tales *derechos*, es decir, dar vida no sólo al ciudadano político, sino también al ciudadano económico.

Dos ensayos hasta ahora existen en este sentido. Uno es la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado*, aprobado por el Congreso Panruso de los Soviets en enero de 1918—claro es que en el actual ordenamiento jurídico de Rusia no se habla, fuera del artículo 12 de la Constitución, de derecho individual alguno, pero esto no quita para que la U. R. S. S. haya dado vida a ese tipo de ciudadano económico. Además está pasando ahora por el período de dictadura proletaria para llegar al tipo de sociedad marxista antes citado—. El otro ensayo está formado por la Constitución vigente en Alemania. Es decir, uno en un ordenamiento comunista; otro en un ordenamiento socialista. Lo que quiere decir que para garantizar los derechos individuales, el primer camino es el abandono del liberalismo tradicional, para formar un ordenamiento jurídico impregnado de contenido social.

Pero los llamados derechos del hombre y del ciudadano siguen hoy—no en su totalidad, naturalmente, pero sí en su mayoría—tan de actualidad y tan *sagrados* como en el día 26 de agosto de 1789, en que por primera vez fueron proclamados en el Continente europeo.

La lucha social en España

A los trabajadores españoles:

La supresión de la previa censura nos permite dirigirnos, por medio de la Prensa, al proletariado de toda España para denunciar uno de los infinitos atropellos cometidos por el Gobierno fascista del general Berenguer, atropello que si no había permanecido totalmente oculto para la opinión, no había, sin embargo, obtenido la publicidad necesaria. Berenguer pudo hasta ahora mantener ignoradas una gran parte de sus tropelías, no tanto por el ejercicio de las medidas prohibitivas de la propaganda política, sino por la complicidad obtenida en gran parte de la Prensa y en la casi totalidad de los sectores políticos. Sólo un partido, el partido comunista, ha demostrado sistemáticamente el carácter dictatorial, la significación antiproletaria del actual Gobierno; pero la ilegalidad a que está condenado nuestro partido y la brutal represión que contra él se ejerce, ha restado difusión a sus acusaciones, a sus denuncias.

Efectivamente, ocho meses de Go-

Orden público, mantenida con vigor para luchar contra el peligro comunista, permite a la Policía detener y hacer que se pudran en prisión cuantos comunistas y obreros se juzga necesarios. Berenguer no ha cesado un momento desde su advenimiento al Poder de usar y abusar de la mencionada ley para intentar la destrucción de nuestro partido. La clase trabajadora ha recibido sobre sus espaldas los latigazos de la actual Dictadura,

**CORONAS PLANTAS
Y FLORES
RUBIO**
Concepción Jerónima, núm. 3

y sabe que son tan brutales y despiadados como los de Primo de Rivera.

El Gobierno de Berenguer ha violado ya en diversas ocasiones no sólo la propia legislación española, sino las reglas elementales del derecho internacional; una entregando a Portugal, sin expediente de extradición, un perseguido político de aquel país, Carlos Ferreira, condenado a varios años de deportación; otra, deteniendo en Hendaya a Manuel Adame, Lucio Santiago y Antonio Sanz; últimamente, expulsando a Francia, sin permitirle elegir frontera, al periodista alemán Fritz Eichberg, y sólo la intervención de la Embajada de su país impidió que fuera enviado en conducción ordinaria custodiado por la Guardia civil.

En las cárceles de España no ha cesado ni un solo día de haber un crecido número de presos gubernativos. Los detenidos políticos, comunistas todos por la ley de Orden público, han excedido en ocasiones a dos centenares. En Bilbao han permanecido en concepto de gubernativos cuatro meses, después de ser decretada la

libertad por el Juzgado. Y cuando esto sucedía, el gobernador de Vizcaya negaba por medio de notas oficiales que hubiera presos gubernativos en la región.

También hoy se pretende engañar a la opinión con supuestas apariencias de normalidad, cuando las cárceles de España siguen abarrotadas de presos. En Madrid, en San Sebastián, en Bilbao, en Córdoba, en Avila, en Burgos, etc., hay docenas y docenas de comunistas y obreros revolucionarios detenidos por la ley de Orden público, y que permanecen encarcelados desde meses, ignorando algunos la causa de ello. Unos por viajar, otros por estar tomando café. La única razón de su detención es la de ser comunista.

Los presos comunistas denunciaremos estos hechos al proletariado español, invitándolo a luchar por nuestra libertad, por la de todos los presos políticos y sociales y contra la Dictadura de Berenguer, agrupándose en torno del partido comunista.

Por los presos comunistas por la ley de Orden público, *Antonio Sanz, José Bullejos, Manuel Roldán, F. Alvarez Valdés, Luis Santiago y Jaime Cañameros.*

Cárcel de Madrid, septiembre de 1930.

PERBORATO DE SOSA

CIVIL
DENTÍFRICO EFICAZ

bierno Berenguer han patentizado con la mayor evidencia la falsedad absoluta de todas las promesas pseudo-democráticas que acompañaron a su constitución, las cuales sólo han servido para disfrazar el carácter salvaje, bárbaro de su represión del movimiento obrero revolucionario. Los incidentes estudiantiles del mes de mayo, en Madrid; la represión sangrienta de las huelgas de Sevilla y Vizcaya, y la no menos brutal de Córdoba y San Sebastián, ponen de manifiesto que la Dictadura de hoy no vacila un instante en aplastar por medio de la violencia toda manifestación de descontento de las masas. De este hecho, de la necesidad de reprimir las expresiones del creciente malestar de los obreros y campesinos, se deriva la política de persecuciones contra la vanguardia revolucionaria de éstos: el partido comunista de España. No es suficiente mantenerlo en la clandestinidad, prohibir su Prensa y su propaganda, disolver los Sindicatos dirigidos por él. Se coloca al margen de todas las leyes a los comunistas, y el sólo serlo es motivo más que suficiente para ser encarcelados. La ley de

Real Sanatorio del Guadarrama

Director: Dr. PARTEARROYO

Del Hospital de la Princesa y del Instituto de Alfonso XIII

(Servicio de tuberculosis)

CLAUDIO COELLO, 50. -- MADRID

Pensiones completas, incluido asistencia médica, de 20 a 40 pesetas.

Servicio de automóviles desde la estación de Cercedilla.

Fotograbado
Sucesor de E. PAEZ
Casa fundada en 1893
QUINTANA, 33-MADRID
Teléfono. 32254 - Apartado 8.028



ULLOA-OPTICO

FABRICA Y DESPACHO: CARMEN, 14 - MADRID. - TELEFONO 54.586



JACOB WASSERMANN. — *Cristóbal Colón. (Ulises.)*—Traducción y nota bibliográfica del autor, por Eugenio Asensio.

La Europa del siglo XV está destruída, arruinada, agonizante. Ya ha agotado todos los viejos recursos conocidos, ha de volverse a lo ignorado, a un mundo nuevo. Toda Europa está estremecida de inquietud ante ese sentimiento, cada vez más firme, de un nuevo mundo; los oídos ávidos, asimilando todos los relatos fantásticos de los navegantes. Porque la salvación ha de venir del mar, lo más desconocido.

Esta inquietud se recoge, se intensifica en Cristóbal Colón con tal fuerza, que llega a convertirse en su destino. Mas aún se cree un elegido de Dios, enviado especialmente a saciar de oro a Europa. Este misticismo le hace el pedigüño más grande de la historia. Durante más de cincuenta años—la cronología es siempre borrosa—aguanta las más duras privaciones y los desprecios más humillantes con la paciencia y la tenacidad de un santo.

Pero esta tenacidad, esta firmeza sólo la tiene para su sueño: encontrar el reino—dorado—del Gran Can. En cuanto se roza con la realidad se desconcierta, flaquea, apela a argucias inhábiles que le malquistan con todos.

Cristóbal Colón o la historia de un fracaso, podía llamarse el libro. Fracaso total. Material e ideológico. Fracaso a los ojos de todos, excepto los suyos. Toda su vida fué un error porque partió de otro. Es extraordinaria su incapacidad para aceptar una realidad distinta de su idea. Arriba a Cuba y afirma—con acta y todo—que es un continente; pisa la costa americana y proclama que es una isla; por todas partes encuentra pruebas de haber llegado al Asia; asegura que ha descubierto el Paraíso Terrenal.

Wassermann pinta muy bien esta obcecación en una entrevista que el almirante tiene, en sus últimos tiempos, con Américo Vespucio. A las noticias de éste, Colón se indigna, niega. No existe América, no existe nuevo continente. sólo Cipango, el reino del Gran Can, Asia. El mismo Vespucio se inclina ante aquella seguridad, si no convencido, admirado de una fe tan recia.

Por esto el fracaso no llegó a él. Su vida había sido un martirio, eso sí, pero jamás un fracaso. ¿No había cumplido él su promesa? Los hombres le habían

traicionado y como nunca creyó en ellos no le sorprendía su baja.

Tal es el Cristóbal Colón que nos presenta Wassermann. Con todas estas características, parece que su figura había de destacarse reciamente; todo lo contrario, resulta incoherente, irreal, hecho de jirones de niebla negra y gris. Perdido en el ambiente oscuro de su tiempo. En cambio, el libro da vivos detalles de la maravillosa labor civilizadora, de la España católica, en las Indias.

Para ganar adictos a Cristo—después del oro es lo más importante—se empieza por mandar allá legiones de ex presidiarios. Se ven clérigos diligentísimos que, sin traducírselo, hacen repetir el Padrenuestro a los indios y vertiéndoles al tiempo un jarro de agua encima obtienen rápidamente nuevos cristianos. Estos mismos frailes, más tarde, con todos los refinamientos inquisitoriales, martirizan a otros indios hasta—sin conocer su lengua!—arrancarles el secreto deseado. Y todos estos fervientes discípulos del que predicó amor al prójimo, violan, esclavizan, asesinan a los naturales, y para castigar sus protestas, o simplemente para solazarse, organizan grandes cacerías de indios por perros y llevan a cabo la tarea de exterminar una raza con una crueldad igual a la de las legendarias huestes mogólicas de Genghis Khan.

Raramente se tropieza uno con un libro más triste—desconsolador—que este «Cristóbal Colón» de Wassermann.

ALFREDO CABELLO.

ADAM SCHARRER.—*Gentes sin patria.*

Las «Ediciones Ulises» han sacado a la luz pública su correspondientes libro de la guerra. Es éste, «Gentes sin patria», de Adam Scharrer o, lo que es lo mismo, la guerra vista por un obrero alemán.

Llevamos leídos tantos libros de la guerra que antes los por llegar sólo tenemos ya un gesto de indiferencia; con ese mismo gesto habíamos ya recibido el relato de Scharrer, pero se ha vengado de nosotros haciéndonos no levantar la vista de él hasta la última página, por el procedimiento de la seducción y del interés.

«Gentes sin patria» es algo más que un libro más de la guerra. Es el testimonio de aquella lucha sorda y desesperada que el proletariado alemán sostuvo con la belicosidad del capitalismo nacionalista, lucha que se sacó a flote demasiado tarde, cuando todo estaba perdido... La clase obrera fué arrancada de sus fábricas y de sus talleres y llevada al frente. Bajo la

mirada petulante de los oficiales—aque-llos oficiales de opereta—fraternizaron con los hijos de burgueses y capitalistas; a todos arrollaba la metralla y todos padecieron por igual la horrible vida de las trincheras, pero cada vez que salían del frente, a cada permiso o convalecencia que les permitía volver a las ciudades, encontraban la semilla mejor lanzada y dando sus frutos. Carles Liebknecht gritaba, convencía, laboraba sin descanso incitando a la sedición. La guerra era una maniobra capitalista que no tenía otro objeto que el satisfacer las ambiciones comerciales de los pueblos que se disputaban las riquezas de Europa y la clase obrera debía unirse y rebelarse. Rusia estaba dando el ejemplo...

Adam Scharrer, obrero cerrajero alemán, fué a la guerra con pasaporte y documentación falsa y cooperó eficazmente a la revolución. A principios del año actual, ha lanzado su novela «Gentes sin patria», en la que recoge esos momentos sensacionales del frente y de la batalla social entablada.

Sus visiones de la guerra han de parecerse a las de todos los libros, especialmente, al fundamental de Remarque. Hambre, privaciones, enfermedades y la metralla asesinando de continuo. Hay, sin embargo, en el libro de Scharrer aportaciones tan personales y cualidades tan certeras de novelista capaces de situarle en las primeras filas de la literatura de la guerra.

Pero donde mejor resaltan sus méritos es fuera de las trincheras, en el hogar, en las calles convulsionadas por los primeros acentos heroicos de «La internacional»... Sofía, ese tipo de amante incondicional en plena miseria, tiene un dibujo perfecto. Y la novela termina en el momento en que se descubre a los oficiales y se les rasga el uniforme, en que se aplaude a los marinos por haber decidido la revolución, en que todo Berlín va a la huelga y la multitud hierve, en que habla Liebknecht entre banderas rojas, todo bajo el rumor de: «¡Ha huído el Káiser!»...

Por todo ello tiene interés propio y es preciso separar del montón de novelas de guerra ésta de «Gentes sin patria», que es, a la par, el mejor testimonio y propaganda.

A. de O.



SÍNTOMAS

De «Vuelta a la Universidad» podríamos calificar el fenómeno que entre nosotros vemos acontecer. A la Universidad vuelven de nuevo los ojos desde la desorientación presente, todos los que tienen conciencia del gran peligro, de la gran esperanza y de la gran perplejidad de la hora. Hay tal tensión en las fuerzas que mueven los minutos, tal velocidad en el ritmo, que se queda atrás el que sólo un instante cierre los ojos.

La Universidad se disgregó hasta el último límite en el siglo pasado, en la hora de todos los relativismos, de todas las disoluciones, de todos los abandonos.

Nuestro siglo la encontró ya deshecha y el estudiante se sintió sin plaza, sin sede, lejos del «lugar natural» que le había correspondido.

Y entonces floreció ese maravilloso tipo de estudiante de casa de huéspedes y mugrientos libros bajo el brazo—pocas veces bajo los ojos—. Entonces surgió lo «pintoresco» universitario, el folklore.

Y es que ser estudiante no era nada, pues la Universidad se había quedado vacía, porque su espíritu había dejado de sentir las pulsaciones de fuera o quizá también porque fuera no había tampoco nada.

La Universidad vino a hacer «pendant» con los cafés de divanes aterciopelados y suelos llenos de colillas; fue como ellos: un espacio confinado y enrarecido, lleno de tristeza y moho.

Por eso se ha corrido el gran riesgo de que en la hora de la reacción, en la hora en que la juventud nueva irrumpía saturada de deporte, de luz solar, de energía física, de sentido dinámico de la vida, la Universidad se arrinconara definitivamente por inútil, por cosa acabada que ya no puede tener sentido ni misión.

Y así en un momento la Universidad se vió casi sola, con la vida enfrente, vuelta de espaldas, con lo más viejo—en este esquema brevísimo caben internamente excepciones—en su centro y lo nuevo enfrente, amenazando. Lo nuevo era la juventud deportiva, la técnica industrial, el socialismo, las masas...

Mas todo vuelve. Ahora se siente con más avidez que nunca la necesidad de una Universidad viva que nos salve, que salve las posibilidades del futuro, que salve la herencia magnífica del ayer. De momento en momento todas las miradas se clavan ansiosas en su contorno, le acechan antes de que se dibuje en el aire.

Instintivamente, sin conciencia clara de lo que hacían, muchos la han querido conquistar. Algo que agoniza, que se debate en los estertores de última hora, como es la burguesía actual, comienza a preocuparse de ella, quien la mira como su último baluarte, ella que—al menos en España—tanto la despreció.

Y así ha nacido esa idea ampulosa de la Ciudad Universitaria, hecha con el afán de estar a la última con el extranjero. Y bien ha dicho el maestro Ortega y Gasset, no se puede uno eximir de la autenticidad de la propia tarea; no será fecundo nada que no hayamos por nosotros mismos conquistado. Imperativo heroico que aquí solemos desconocer. Y así construyendo unos edificios lujosos,

de película de última hora, se cree que vamos a tener una Universidad.

No; la Universidad hay que hacerla: esta es la única realidad cierta por ahora. La encontramos vacía y sin ser y la hemos de hacer para que nos haga, la hemos de crear para que ella dé forma al gran torbellino que es hoy el mundo. Pero preciso es reconocer que para nada necesitamos de espléndidos edificios, sino de fuertes cerebros, de tensas y vigilantes atenciones. La Universidad la hemos de hacer juntos estudiantes y maestros, lejos de la frivolidad tosca de los que con dádivas fáciles sueñan—quizá subconscientemente—con llevarla a su causa.

MARIA ZAMBRANO

COMENTARIOS

El general Berenguer ha dicho que está dispuesto a «llevarse» todo por delante». Hacemos nuestras sus palabras.

Una o dos huelgas en cada población. No cabe duda de que marchamos hacia la pacificación de los espíritus.

Ha surgido la idea de regalar al ilustre don Melquiades un gigantesco ramo de azucenas. Nos adherimos a la iniciativa.

El jefe del Gobierno (hay que denominarlo de alguna manera) se ha lamentado de los ataques de la Prensa contra el ministro (valga la palabra) de la Gobernación. «En nueve meses—ha dicho—no ha tenido el menor tropiezo.» ¡Caramba, don Dámaso! ¿A qué llama V. E. tropiezos?

También el señor Estrada ha hecho declaraciones magníficas. Refiriéndose a las huelgas de estos días, ha manifestado que «estos movimientos pueden producir algo muy grave». De acuerdo; pero agradeceríamos una aclaración: ¿muy grave para quién?

España es un país pintoresco. Mientras a trece kilómetros de Valencia unos salteadores desvalijaban tranquilamente a los viajeros de un ómnibus, la Guardia civil—esa ex benemérita institución—penetraba a caballo, sable en ristre, en un local donde se celebraba un mitin republicanosocialista en Palma del Río.

Así es cómo conservará nuestro país ese hermoso prestigio novelesco. Es de agradecer el noble y patriótico afán del Gobierno al procurar que no desaparezcan las cosas más ranciamente españolas: la persecución de las personas

honradas y la libertad de los bandoleros. Así es como se hace patria.

Después de todo, hay una razón para que el Gobierno deje a los bandoleros ejercer su romanesco oficio: ellos y el Gobierno se apoyan en una misma cosa: la fuerza.

Recomendamos al régimen los Hipofosfitos Salud. Dicen que son buenos para combatir la anemia consuntiva.

El Gobierno se nos ha enfadado. ¿Qué es eso de hacer revoluciones sin pedir autorización a la Dirección general de Seguridad?

Y ¿a quién le habrá pedido permiso Berenguer para hacer juegos malabares con los derechos ciudadanos?

Aviso a los revolucionarios: ¡Que viene el coco!

¿Hemos vuelto a los tiempos que pudo escribirse «Quod princeps placuit...»? ¿O tal vez al de «Allá van leyes—do quieren reyes»?

La moneda, baja. Es que los retratos se deprecian cuando se deprecian los originales.

¡Y pensar que hubo quien esperó que Berenguer estableciera la normalidad jurídica! A don Dámaso le ha ocurrido con el «derecho» lo que a Carreño con la «enfiteusis» cuando se examinó de Derecho civil. ¡Caramba qué palabrita!

La Prensa diaria protesta de que, sólo en Madrid, se queden sin votar más de 10.000 electores. No se preocupen los colegas. «Botamos» todos; pero no «votaremos» ninguno.

Nos dicen que un fiscal se ha vuelto loco. Según nuestras noticias, era un hombre de conciencia. Esperamos, por ende, que cundirá el ejemplo. Las conciencias suelen no amoldarse a servir a un amo.

Entre la dictadura anterior y la que ahora tiene la bondad de oprimirnos (¡que Dios se lo premie!) han simplificado mucho el estudio del Derecho. Ahora, cuando a un alumno le preguntan: «¿Qué es Ley?», puede limitarse a responder: «Lo que le da la gana al Gobierno».

«Compraventa de libros: —Se vende una «Constitución» muy poco usada.»

Una Comisión del Banco de España ha ido al extranjero para ver si se nivela la peseta. Creemos que si, de manera definitiva, salieran de nuestro país las personas que nosotros dijéramos, la peseta subiría rápidamente.

LUIS HERNANDEZ ALFONSO

Madrid, 15 octubre 1930.

PASTILLAS KLAM

CURAN LA TOS

POR CRÓNICA Y FUERTE QUE SEA
¡PROBADLAS!

La primera caja convence.

Sólo cuesta tres reales.

Venta en farmacias y droguerías.

Ayuntamiento de Madrid

INICIACIÓN

Para muchos, en España, Universidad y Liberación van unidas. Esta liberación ofrece dos aspectos, que podríamos llamar objetivo y subjetivo. A nuestro modo de ver, el último es el más importante y, aunque respuesta a un cambio del medio, podríamos llamarlo *autoliberación*.

Entre los estudiantes creció ya un ideal: la Universidad.

Ya no es para nosotros un tranvía, puesto que no pasamos por ella sin dejar rastro ni recoger nada. Por el contrario, sintiéndola como algo íntimo, puro y elevado procuramos—o hemos de procurar—alimentarla con el fuego limpio de nuestro cariño.

Pero, bien se entiende, esto es el ideal. La realidad, muy lejana de aquél, nos muestra un organismo caduco, próximo a perecer.

Los estudiantes nos hallamos ante el problema de conseguir una Universidad nueva, libre de achaques, donde podamos ir con la fe que necesita la preparación para la vida.

La juventud posee una incapacidad para hacer eficaces sus propósitos; pero cuando un gran motivo le empuja hacia algo concreto, definido, lo consigue, aun cuando para ello se precisen grandes sacrificios (Spranger). Esto sucede ahora con relación a la Universidad en particular. La formación de las asociaciones profesionales de estudiantes con su agrupación en las F. U. E. y éstas en la U. F. E. H., muestra que lo dicho no son frases vacías.

En España es actualmente el momento de las juventudes, y, entre todas, la más plétorica de deberes urgentes es la universitaria.

Consecuente con su meta, no actuará con el discurso violento y la actitud airada—de breves y poco profundos efectos—, sino que su actuación estará en todo caso orientada por la meditación serena de sus problemas.

Para cumplir su programa renovador, la auténtica juventud española necesita algo de que aún carece: cultura (1). Es seguro su fracaso si no obra con los materiales necesarios. Y para esta preparación precisa una Universidad adecuada. De aquí que sus primeros afanes se dirijan a la consecución de ésta. La Universidad es el primer plano de la perspectiva revolucionaria de la juventud estudiosa. No ha de pretender ésta encerrarse en las atmósferas exclusivamente científicas, sino, por el contrario, interpretar la Ciencia del modo más sano que se ofrece: esto es, como producto vital, incorporado en todo momento al fluir de la vida. Y esto ha de ser, naturalmente, no mermando el contenido científico de la Universidad, puesto que el cambio respecto a la Ciencia es sólo de posición.

Hay algo que confirma nuestras ideas: La F. U. E. organizará conferencias sobre Reforma de la enseñanza, que serán explicadas por los cerebros más claros de la intelectualidad española. Pero nosotros deseamos—y esperamos—que el estudio de este trascendental problema se haga

por medios de mayor eficacia que el de las conferencias (aunque éstas—como estímulo—sean muy útiles). La F. U. E. reconocerá que nuestro deseo es compartido por gran número de sus afiliados.

JULIAN NAVARRO

(1) Cultura como ejercicio o actividad. Véase Max Scheber: «El saber y la cultura».

El "caso" González Oliveros

Don Wenceslao González Oliveros fue director general de enseñanza superior y universitaria, bajo la jefatura del mínimo Callejo.

El hombre era catedrático de la Universidad de Santiago. Por aquellos felices días vacó la cátedra de Derecho Natural de Granada. González Oliveros concibió entonces una de aquellas piruetas administrativas marca «Salvación de España» que prodigó la Dictadura.

Hizo juegos malabares con la excedencia en que se hallaba, volvió a la situación activa, fue nombrado titular de Granada... Todo, claro es, sin salir de su despacho del Ministerio.

Ahora el hombre fue a Granada, donde la justa repulsa de los estudiantes le ha puesto en baja. Parece que intenta trasladarse a Valladolid...

Los estudiantes vallisoletanos tienen dadas vibrantes pruebas de dignidad universitaria y cívica.

EN LA UNIVERSIDAD

La juventud ofrece en su conjunto espiritual un aspecto caótico. Y, aunque esto nos produce a los jóvenes el placer olímpico de la ingravidez, hay casos en que constituye un defecto. Naturalmente, esta ineptitud tendrá lugar cuando nos enfrentemos con algo no congruente con nosotros, con nuestro modo íntimo de ser. Todo medio capaz de salvar esta incongruencia, o que lleve a este resultado, ha de sernos especialmente grato, satisfactorio, cuando se impone nuestra superposición con lo insólito de nuestro horizonte.

Así lo ha comprendido la F. U. E., y a esta visión clara se debe el programa de conferencias sobre Reforma de la enseñanza que se propone desarrollar durante el curso corriente.

Los estudiantes sentimos la necesidad urgente de obrar con eficacia. Por ello agradecemos a la F. U. E. su labor, esperando brillantes resultados (de orientación) de sus conferencias. Y, aunque no ignora el interés con que se sigue su labor, en particular en este sentido, aprovecho esta ocasión para exteriorizarlo. Así también la opinión podrá juzgar acerca de la comunión existente entre las F. U. E. y los estudiantes.

El día 9 del presente mes tuvo lugar la primera conferencia, que fue leída por nuestro querido maestro José Ortega y Gasset. Gran expectación causó, en el recinto escolar por lo menos, el anuncio de esta conferencia.

No se trató concretamente en ella de la reforma de la enseñanza. Las palabras del maestro nos mostraron el estado espiritual elevado con que debemos contar en nuestras empresas renovadoras. De otro modo, el fracaso es fatal.

Y este rumbo dado a su conferencia, que defraudó a algunos—pocos—, fue indudablemente su gran acierto.

Es preciso que llegue el ambiente estudiantil universitario a un grado suficientemente elevado de concentración, y, obtenido éste, la reforma universitaria—y la de toda la enseñanza—cristalizará (lo diré de algún modo) por sí sola, con la magnífica sencillez de los fenómenos naturales. Esto no quiere decir que deba esperarse pasivamente la realización del fenómeno: esto sería antijovenil (y debemos en cada momento ser lo que somos). Habremos de actuar enérgicamente, con el fin de que esta concentración mesiánica llegue a ser lo antes posible. Pero esta dinamicidad, para sus efectos, no debe ser física, sino espiritual.

La conferencia de nuestro profesor Ortega ha servido para fijar y determinar, para dibujar con perfil lunar en nuestro cerebro proyectos y esperanzas percibidos ya de modo algo nebuloso. Y, por las razones que expuse al principio, es esto lo que de la conferencia debemos agradecer y, sobre todo, «asimilar».



BERENGUER.—¡Caminamos hacia la normalidad constitucional!

EDICIONES MORATA. -- MADRID
CIENCIAS BIOLÓGICAS

UNA SERIE VALIOSÍSIMA
Recientes adquisiciones en

Cirugía.
Fisiología.
Anatomía.
Psiquiatría.
Neurología.
Bioquímica.
Hematología.
Bacteriología.
Oftalmología.
Dermatología.
Psicopatología.
Patología general.
Medicina Tropical.
Rayos X y Radium.
Biología Experimental.
Obstetricia y Ginecología.
Enfermedades de los niños.
Medicina, Clínica, Laboratorio y Terapéutica.
Volúmenes encuadernados, primorosamente editados y con profusión de grabados en color y en negro.

ACABA DE APARECER

DICCIONARIO
ALEMÁN-ESPAÑOL

TERMINOLOGÍA DE CIENCIAS MÉDICAS, QUÍMICAS, ETC.

Por D. JOSE W. NAKE, intérprete Jurado de Madrid, en colaboración técnica con los señores: doctor GARRIDO, de la Facultad de Medicina de Granada y Dr. QUINTANA, Asistente al servicio del doctor MARAÑÓN

Esta moderna obra, muy completa, contiene unos 25.000 tecnicismos alemanes con sus correspondientes significados en español. No debe faltar en su biblioteca, pues interesa a todos los Sres. Médicos, Químicos y Traductores que consultan obras alemanas. :-:

Impresión clara a dos columnas.
Encuadernado en tela.
PRECIO: PESETAS 20.

Compre V. este libro magnífico

ALICIO GARCITORAL

LA RUTA
DE
MARCELINO DOMINGO

INDICE

	Páginas
CAPÍTULO PRIMERO.—La herencia de Pi y Margall, Salmerón, Castelar y Costa.	9
CAPÍTULO II.—Vida de Marcelino Domingo y el ambiente español	57
CAPÍTULO III.—La vida se enlaza a la acción pública	97
CAPÍTULO IV.—Jornadas de 1917 y otras jornadas. .	127
CAPÍTULO V.—La vida y el partido republicano radical socialista.	159
CAPÍTULO VI.—La obra de Marcelino Domingo . . .	199

PRECIO: 5 pesetas.

VOLUMENES QUE INTEGRAN LA SERIE

MONOGRAFÍAS PRÁCTICAS

- I. A. A. MUÑOYERRO.—*Profilaxis de las principales enfermedades infecciosas infantiles.*
- E. A. SÁINZ DE AJA.—*Indicaciones de los Bismúticos y Mercuriales en el Tratamiento de la Sífilis.*
- J. BOURKAIB.—*Embarazo ectópico. Diagnóstico y Tratamiento*
- J. GOYANES.—*Cirugía del Tiroides.*
- A. HINOJAR.—*El problema del tratamiento en la estenosis de las vías aéreas.*
- G. MARAÑÓN.—*Sobre los accidentes graves de la enfermedad de Addison y su probable patogenia.*
- J. MOURIZ.—*Diagnóstico serológico de la Tuberculosis.*
- L. OLIVARES.—*Algunas orientaciones sobre el tratamiento de las Heridas.*
- I. SÁNCHEZ COVISA.—*Significación clínica y valor diagnóstico de la Hematuria.*
- J. SÁNCHEZ COVISA.—*Síndromes ganglionares de origen venéreo.*
- F. SICILIA.—*Formas clínicas afines y diferenciales de la Tuberculosis y la Sífilis.*
- J. TORREBLANCO.—*Ritón y embarazo.*
- M. UBEDA SARACHAGA.—*Algunas ideas generales sobre la Insuficiencia circulatoria y su tratamiento.*
- F. VIGUERAS.—*Tratamiento quirúrgico de la Tuberculosis pulmonar.*
- I. DE LA VILLA.—*Espacios pelvianos.*
- J. JIMÉNEZ DÍAZ.—*Concepto de la insuficiencia hepática*
- J. CODINA.—*Evolución terapéutica de la tuberculosis pulmonar.*
- J. VALDÉS LAMBEA.—*Tuberculosis de los niños.*
- J. VALDÉS LAMBEA.—*Tuberculosis de los viejos.*
- E. MATEO MILANO.—*Estado actual de la terapéutica quirúrgica de la parálisis infantil.*
- J. SÁNCHEZ BANÚS.—*Los pseudobulbares.*
- J. BEJARANO.—*Profilaxis, tratamiento y estado actual de la lepra en España.*
- A. CASANOVA.—*El problema de la rotura quirúrgica de las vías biliares.*

MORATA.-EDITOR

TUBESCO, 39 y 41.-MADRID